

el ESCARABAJO de oro



Sumario

enero - febrero

1972

MALCOLM LOWRY

cuento

ROBERTO ARLT

y **RICARDO GÚIRALDES**

ensayo de

NISSA TORRENTS

LILIANA HEKER

cuento

CARLOS CATANIA

LA OTRA MUERTE DE TARZAN

ensayo

PERONISMO Y REVOLUCION

editorial

ABELARDO CASTILLO

FELIX GRANDE

HORACIO SALAS

OSMAR ZABALA

poemas

grillerías/libros bien

leídos/una aclaración



PERONISMO Y REVOLUCION

ACLARAR HASTA QUE DESENSILLEN

editorial **abelardo castillo**

Cuando el 28 de junio de 1966 las FFAA retomaron el poder (poder que, en los hechos, no habían abandonado desde setiembre de 1930) (1), venían, como todo el mundo oyó, a demoler las viejas estructuras, a acabar con el liberalismo; como siempre, estaba en juego el "honor de la Nación". Del 30 acá, el lenguaje militar ni siquiera había cambiado. Ya en 1966 escribimos (2) que desdichadamente, para muchos argentinos "transformar las estructuras" es un ejercicio meramente vecinal, o municipal: consiste en tapar baches o normalizar los teléfonos. Del 66 hasta hoy, asistimos a la triple remodelación de la rotonda del Obelisco y al cambio de mano de las calles de Buenos Aires. También asistimos a la división (o multiplicación) del peso, esotérica medida económica que coincidió con la inauguración oficial de la Década del 70; todos los diarios y revistas se encargaron de vincular ambos hechos: había que pensar que la historia se renueva, educadamente, cada diez años. Se nos dirá que también hemos tenido el Cordobazo, la eliminación física de Aramburu, de Vandor y de Alonso, la casi aparición de la guerrilla urbana. En efecto, pero es improbable que la Junta Militar admita vincular su "revolución" a estos sucesos. Para nuestros gobiernos (militares o no) un levantamiento popular o una huelga, la miseria o sus consecuencias —el terrorismo, por ejemplo—, son algo así como fenómenos de la Naturaleza del orden de los terremotos, de las sequías, o cuando mucho responden al capricho de tres o cuatro extremistas afeitados por ideologías foráneas. Vale decir: no tienen nada que ver con la realidad nacional y sus tradiciones. Son pesadillas, o teorías. No existen.

El caso es que hemos sobrellevado cinco años de Junta Militar (3). Y el caso es que la reorganización política del país (en (Continúa en la pág. 5)

(1) Excepción hecha del período peronista. Ya que si bien Perón era militar y surgió con el golpe castrense de 1943, y aún el Partido Laborista que lo llevó al poder contaba con el apoyo del Ejército, el peronismo entendido como movimiento fue, sin discusión, un movimiento popular que desbordó ese origen: fue la primera irrupción conciente del proletariado en nuestra historia. Más adelante, en el texto hablaremos de esto.

(2) Ver "El Escarabajo de Oro" n° 31/32, septiembre 1966: editorial "Desensillar hasta que aclare". Título que, desde luego, era una parodia, no una exhortación.

(3) Deliberadamente, no hacemos distinciones sutiles entre los gobiernos de los generales Onganía o Levingston y el de Lanusse. El Ejército, tampoco los hace. Se supone que la línea de la llamada Revolución Argentina está por encima de sus caudillos circunstanciales. Y decimos "se supone" porque a partir del momento en que Lanusse asume la presidencia se advierte una especie de oficialización del cambio, una ruptura: acercamiento al peronismo, diálogo con un presidente marxista, se habla de comerciar con países socialistas y hasta se discute (por lo menos se discute) la eventual legalización del PC. A otros niveles, la designación de un Ministro de Agricultura que podríamos calificar de representante de "El grito de Alcorta", vale decir un ministro anti-latifundista (aunque represente algo así como 60.000 firmas, de otros no menos reales "dueños de la tierra": los chacareros), hace sospechar que la política de Lanusse difiere de la de Onganía, diferencia que tiene, esquemáticamente, dos explicaciones básicas: o bien Lanusse aspira a ganarse al peronismo no radicalizado, a cierta "izquierda" más o menos legalista y a la vasta clase media, lo cual podría transformarlo eventualmente en una especie de Perón; o bien, las diversas presiones que hoy actúan sobre nuestra realidad (los grupos armados de izquierda, los dirigentes justicialistas que ven en Perón un obstáculo para la liberación real de la clase obrera y, en lo exterior, la experiencia tupamara, chilena, peruana) han forzado esta apertura. En suma, aquello del Gatopardo: modificar algo para que todo siga igual. Sólo que, como lo sabe quien quiera que haya leído bien *El Gatopardo* o reflexionado acerca de los procesos históricos en cualquier país, nunca, nada, y menos cuando comienzan las concesiones, se queda tal como estaba. Pero como esto nos llevaría a consideraciones de otro orden, vamos a admitir, por el momento, que la línea de la llamada Revolución Argentina es, como se lo quiere, una y la misma desde el 66.

EL ESCARABAJO DE ORO ● Pág. 2

EL ESCARABAJO
DE ORO



DIRECTOR

ABELARDO CASTILLO.

SUBDIRECCION

LILIANA HEKER



COLABORADORES INMEDIATOS

Rubén Alvarez, Víctor García Robles, Sylvia Iparraguirre, Bernardo Jobson, Amílcar G. Romero, Irma Teller

COLABORADORES PERMANENTES

ARGENTINA: Carlos Alonso, Isidoro Blainstein, Carmelina y Luis Castellanos, Haroldo Conti, Humberto Costantini, Beatriz Guido, Arnoldo Liberman, Marta Lynch, Elbia de Marechal, Augusto Roa Bastos, Ernesto Sábato, Dalmiro Sáenz, Raúl Schurjin, Armando Tejada Gómez. COLOMBIA: Carlos Alvarez. CUBA: Roberto Fernández Retamar. CHILE: Fernando Alegria, Pedro Lastra, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas. ESPAÑA: Félix Grande, Fernando Quifiones. FRANCIA: Julio Cortázar, Juan Goytisolo. PERU: José Miguel Oviedo. POLONIA: Jozef Kekstas.

SUSCRIPCION A 12 NUMEROS \$ 2.000 (20).

SUSCRIPCION A 6 NUMEROS \$ 1.000 (10) ó 6 y 3 DOLARES, RESPECTIVAMENTE

Propiedad Intelectual N° 903.937

MAZA 1511, 2° C, BUENOS AIRES

malcolm
lowry

Una
elefanta
y el
coliseo

Elefanti, leyó Cosnahan, y apresuró el paso a través de un olor a elefantes y rosas. El camino que llevaba a las jaulas de los elefantes estaba a la sombra, pero los animales se movían al sol. Y entonces, de pronto, maravillosamente —¿podría ser?— vio...

Pues, vio dos elefantes a los que estaba echando heno, con una horquilla, un hombre situado afuera de las jaulas. No era la hora de la comida, pero les estaban sirviendo una merienda, lo que estaba bien. Los elefantes ocupaban dos jaulas, unos recintos sin techar, sensatamente contruidos, como una alta y sólida verja exterior, terminada en puntas y separada del camino por un espacio estrecho. Los elefantes, al unísono, extendían la trompa afuera, la bajaban hasta la pila de heno, la alzaban y con gesto bonachón y refinado, llevaban el heno a su boca amable y sardónica. Entre uno y otro bocado, saludaban a través de los barrotes, con una diestra e intelectual rotación de la trompa, como si dirigieran una orquesta, al hombre de la horquilla o, de un modo más grave pero siempre amistoso, a dos niños que, indudablemente sin malignidad intencionada, les daban de comer papel. Por lo que respecta a esto, los dos elefantes se mostraban aparentemente tolerantes, si bien molestos dejaban caer el papel y volvían al heno. Hasta que uno de ellos pateó suavemente el banquillo de que estaba provisto, como si dijera: ¡Lástima que no los hayan criado mejor, chiquillos! Pero aún esa reprimenda silenciosa dio la impresión de ser administrada con dignidad, y con una paciencia extraordinaria.

¡El elefante!, pensó. Si alguna criatura había que testimoniara la existencia del Dios Todopoderoso y Su grande y formidable sentido del humor, era el elefante, esa maravillosa yuxtaposición de lo grotesco y lo sublime; aún si, de estar con Victor Hugo, eso haría del Todopoderoso un romántico, pero en realidad, sin ánimo de ofender, cabía preguntarse, ¿cómo podría. El dejar de

serlo entre todas las demás cosas?

Era corriente sentimentalizar sobre los elefantes, y mucho lo que se había escrito sobre su memoria, longevidad y fidelidad, su paciencia y su sapiencia, su esclarecida compasión por la cría y su ilimitada capacidad, en la paz como en la guerra, como esclavos al servicio del hombre. Cómo en el cautiverio toleraban un año sí y otro también, sin protestar, que los niños montaran sobre ellos, o les dieran de comer papel —Cosnahan se alegró de ver que el guardián había hecho que los dos mocosos dejaran de hacerlo ya que él no se animaba a echarles una severa mirada en italiano —era corriente atribuirles las virtudes de la paciencia, el amor y la gratitud en un sentido humano, como si el elefante sólo existiera para beneficio o diversión del hombre. Luego, cuando ocurría algún accidente y alguien resultaba muerto o herido, el elefante era declarado un mal elefante, se lo mataba de un tiro, y sus pares eran vituperados. Y eso era injusto.

Porque un elefante, dicho sea de paso, es un elefante y, tal como ocurre con el hombre, nadie sabe cómo ni por qué apareció en el mundo, salvo que, a juicio de Cosnahan, se podía estar seguro de que no era por las razones generalmente supuestas. (Pues, ¿no ocurriría con nuestros conceptos de la evolución lo mismo que con tantas otras de nuestras ideas, tal como decía el gran Manzoni que, de las invenciones de la gente común, los educados toman aquello que pueden adaptar a sus ideas; de las invenciones de los educados, los ignorantes toman prestado lo que pueden entender, en cuanto pueden, y de todo esto se forma una mezcla bárbara e indigesta de irracionalidad pública que es la llamada opinión pública?)

Y un elefante, por sí mismo, dentro de su propia esencia paradisiaca y tonante de elefante entre otros elefantes en su propio mundo principesco, conmovedor y oblicuo, poseía sus propias

MALCOLM LOWRY (1909-1957. — "Un borracho de la talla de Gargantúa", escribió Douglas Day. Un genio, un hombre insoportable, encantador, astuto, feliz. Todo esto (y tímido, e ingenuo, y suicida), aparte de único, es lo que para sus biógrafos fue Lowry. Y autor, además, de *Bajo el Volcán*, una de las más grandes novelas de este siglo. El texto que publicamos, pertenece a un relato de Escúchanos, oh Señor, desde el Cielo tu morada (Ed. Tiempo Nuevo, Venezuela, 1971) y es, tenemos la sospecha, un milagro. Nadie que lo lea podrá, desde ahora, ver a un elefante sin pensar en Lowry. Casi un cuento perfecto, esta página es también un poema de amor, no sólo a Rosemary (la elefanta que se inventaba sombreros y pelizcaba marinos), sino a la Naturaleza, y una exaltación del hombre, y un canto religioso. Hablando de Lowry, confesó un amigo: "Sólo verlo una vez a este hijo de puta me alegraba toda la semana", seguramente lo dijo por cosas parecidas a esta historia. Borracho de la talla de Gargantúa, Lowry, como Edgar Poe, como Dylan Thomas, murió en su ley, de muerte bien propia. Antes, como Keats el ruiseñor, como Blake el tigre, robó a Dios el elefante. Y, si hay justicia, por ahí debe andar, trotando alegremente sobre la cabeza de Rosemary, en algún verde paraíso donde embriagarse ya no mata.

virtudes elefantinas, las que, si acaso se asemejaban a las humanas, era por accidente, a menos, como parecía ser verdad, que sencillamente fueran en este caso el testimonio de una divinidad común. Si, pues, acontecía que un elefante demostraba un amor o una inteligencia que lo impulsaba a uno a calificar de "casi humana", como de costumbre uno no hacía sino adularse a sí mismo.

¿Pues no era forzoso que se hallara originalmente presente en las percepciones de los elefantes algún principio de bondad y sagacidad, que el elefante era capaz de reconocer también en el ambiente moral, tan diferente, del cautiverio o de la esclavitud al hombre, en que posteriormente se veía obligado a vivir, algún principio de tolerancia, y sobre todo de piedad por quién, incapaz de bastarse a sí mismo, lo había capturado, así como un cierto interés o sentido deportivo de la aventura para encarar lo que le tocaba hacer, y en lo que reconocía algo entretenido e instructivo para sus facultades elefantinas, por monótono de aquello nos pareciera a nosotros?

En un hombre esa aceptación de la esclavitud sería enteramente innoble, pero no hay razón alguna para creer que el elefante ve las cosas de ese modo, pensó Cosnahan. La selva es una cosa, el cautiverio, otra. La libertad pertenece al espíritu. Así razonaba el elefante, mucho antes de que las revistas de información hubieran sido inventadas, si bien a Cosnahan, que se complacía en creer que poseía un sentido trágico y que además es-

taba incorregiblemente del lado de lo no convencional le hubiera gustado dejar en libertad al elefante que estaba mirando, si eso hubiera servido de algo.

Pero quizá eso habría sido no tomar en cuenta la verdadera naturaleza del elefante, que aún en estado salvaje es un animal profundamente contemplativo. Como el ibis sagrado que tiene la costumbre de permanecer horas sobre una pata junto al Nilo, de un modo que sólo puede impresionar como idiota a la mayoría de la gente, lo mismo ocurre con el elefante en su estado de abstracción profunda. Más aún, si se observa a los elefantes en una película, empeñados en alguna acción tranquilamente destructora, y se mira con atención el rostro, ¿no es como si, al modo del ibis, sonriendo suavemente para adentro, estuviera divirtiéndose con alguna broma trascendental? Y tal vez así sea... ¿Criaturas compasivas de súplicas titánicas! ¿Quiénes somos nosotros para negar que el elefante tenga una comprensión superior de la voluntad, como ocurre con esos grandes místicos que habitan en alguna de las regiones de donde ellos vienen? Esa clase de animismo que ve esas cualidades en el elefante no estaba basada, en Cosnahan, en la superstición, sino en la experiencia personal. Un elefante podrá servir al hombre, o servir de espectáculo para el hombre, o como amigo del hombre, pero a quien realmente sirve es al elefante, a su elefante superior.

Más para entender tales cosas quizá fuera preciso haber querido a un elefante en cierta medida, más que a uno mismo, haber compartido, en cierta medida, el Maestrom y al mismo tiempo también la extraña paz fundamental en que vivía un elefante compartido quizá, como Cosnahan lo había hecho alguna vez, el propio ambiente de encierro de un elefante, si es que en esas circunstancias es válido, como se dice que lo es entre los hombres el principio de que en ciertas adversidades comunes se manifiestan en su máximo grado, el espíritu de entendimiento, la camaradería y la comprensión. Por lo tanto, si queréis conocer al elefante, oh cornacas y marajás, tratad de atravesar el final de un tifón con un elefante en un vapor volandero, capaz de hacer ocho nudos, en 1927, si es posible a los diecinueve años, y compartid también con el elefante la calma y el calor fabuloso y el aburrimiento, la insostenible monotonía de los mares de Oriente, la incommensurable duración de un viaje por más de la mitad del mapa del mundo, sobre los infinitos desiertos de zafiro, en un barco de no más velocidad que una bicicleta, cuyas máquinas no sabían otra canción que: Frere Jacques, Frere Jacques; permaneced en la alqui-

re Jacques, Frere Jacques. Frere traçada cubierta de proa, de pie junto a ese ser solitario, durante los monzones, bajo la sombra tremenda de la lluvia... Entonces, realmente, como un Renán de los océanos, podréis descubrir que el elefante tiene un origen y un destino en común con nosotros.

Y justamente se le ocurrió pensar en esas cosas increíbles que una vez había hecho con un elefante, porque el elefante de la izquierda, el que al parecer poseía ideas más fantásticas sobre el empleo del heno, le había llamado la atención a Cosnahan, aunque diciendo esto no expresemos su sentimiento; pues, pese a Jung, a la Lógica y a la Filosofía, si Cosnahan estaba en lo cierto, ahí estaba un elefante que no sólo era verdad pues existía, que no era simplemente un fenómeno sino, a la vez, una conclusión, una afirmación y el juicio subjetivo de un creador. ¿Y cómo era eso posible? Sin embargo, de vez en cuando, mientras lo observaba, ¡ahora!, la elefanta recogía un poco de heno de su comida y con toda precisión lo colocaba sobre su cabeza donde, como continuamente se iban añadiendo refrescantes manojos unos tras otros a la elevada pila —ya que el fin conmovedor de los mismos era el de refrescarla— finalmente algo gracioso quedó asentado sobre su cabeza como un sombrero de paja desflecado. Cosnahan avanzó sin hacer ruido.

¿Podría ser?... Sí, era ella... así era, y no tenía necesidad de preguntar, de haber podido hacerlo y como había pensado hacerlo, pero el guardián se había marchado —pero, ¿cómo era posible que se hubiera olvidado?, y ahora le parecía que nunca hubiera podido olvidarlo realmente. Naturalmente aquello lo volvió a más de veinte años atrás, a la aventura que había sido la fuente de su libro *El área de Singapur*, a la época en que el vapor volandero inglés, en el que él era ayudante de carpintero, había tomado esa carga ya mencionada de heterogéneos animales salvajes en un puerto de los Establecimientos del Estrecho, pero que de ningún modo era malayo, sino Bangkok en Siam: varias panteras negras, una cantidad de serpientes, un jabalí y una joven elefanta. Esta poco frecuente carga, a la que se había alojado en la cubierta de proa, hasta frente al castillo, ya que el castillo propiamente dicho se hallaba a popa, había ido acompañada por un cuidador, pero el problema inmediato había sido encontrar un marinero que lo ayudara. De acuerdo a la legislación británica se podía rechazar un trabajo de esa índole una vez en el mar, y, no obstante la débil promesa de alguna gratificación a cobrar en Londres, a más de las horas ex-

tras a razón de un chelín por hora el puesto había sido rechazado por toda la tripulación después del primer accidente. El propio superior de Cosnahan el carpintero, había afirmado que mientras se hallaba amarrando las jaulas, la elefanta, con mirada inocente pero con intención aviesa, lo había pellizcado; después de aquello, pocos de los tripulantes, por pura superstición según Cosnahan, habían querido aventurarse más allá de la barrera de cables como no fuera absolutamente necesario, y el cargo de asistente del cuidador había recaído sobre Cosnahan. Le había insumido la mayor parte del tiempo durante el viaje de regreso.

Casi todos los demás animales estaban destinados al Jardín Zoológico de Dublin, aunque se los descargara en Londres, y la principal excepción había sido la elefanta, cuyo destino era Roma. Como el barco no tocaba Roma había sido necesario transferir el animal a un arco italiano en Port Said. Sólo que el barco casi no había llegado a Port Said, ni a ninguna otra parte.

Sí, sí, sí, no podría ser de otro modo. Era posible que muchos elefantes tuvieran la costumbre de utilizar su té de la tarde para el tocado, pero en la vida de Cosnahan sólo había habido una elefanta. Y lo que recordaba, o volvía a recordar, era justamente aquel momento de la separación en Port Said, cuando el destino de la elefanta era el de ser

APARECIO



**el escarabajo de oro
rodolfo alonso editor**

transferida finalmente una vez más desde el puerto tirreno de Roma, desde Ostia —¿no era?— para ser llevada —¿adónde sino ahí?— nada menos que al Zoológico de Roma. A este mismísimo lugar.

No había sido fácil olvidar aquéllo, ni cómo, antes de eso, las luces de los reflectores de vigilancia del Canal de Suez, donde la noche anterior se habían detenido once veces, la habían molestado, ni cómo la habían enloquecido de miedo los gritos de las panteras durante la parte tempestuosa del viaje, ni como, un poco antes de Suez, habían estado contemplando juntos la luna que colgaba en un cielo verde sobre el monte Sinaí a las cinco de la mañana, desde los Lagos Amargos o desde donde exactamente hubiera sido, sabiendo que su amistad pronto llegaría a su término. Ni cómo, varias veces, cuando las cuerdas salvavidas estaban extendidas a proa y a popa y sólo hacían tres nudos contra los mares himaláycos, y ni siquiera un vigía se hubiera atrevido a avanzar, él había relevado al cuidador para pasar toda la noche junto a ella —pues aunque no era tan joven para no poder estar sin su madre parecía extrañarla todavía tristemente— para lo cual Cosnahan se había atado a la jaula para no ser arrastrado por las olas, ni tampoco como ambos habían estado a punto de ahogarse. Y así —¿podría perdonarsele eso alguna vez?— él había conducido sana y salva a la esclavitud. No, no era algo fácil de olvidar aquella separación antes de que el viaje finalizara, y sin embargo la había olvidado, y lo raro era que nunca hubiera podido olvidarla de no haber escrito *El arca de Singapur*. Pues, a fin de que su libro tuviera un final satisfactorio, había sido necesario que todos los animales sin excepción, después de su breve hora de victoriosa y absurda libertad, llegaran con felicidad a Londres. ¿Y cuál había sido el origen de la fuga, en la que la Rosemary de la ficción, después de escaparse empezaba a patear las otras jaulas, poniendo en libertad a los demás animales? En parte había sido el temor de los demás marineros de que precisamente ocurriera eso durante la tormenta, y en parte el que Rosemary efectivamente había huido una vez de su jaula y había pateado la jaula vecina del jabalí, que también se había escapado; sólo que Rosemary había respondido a la voz de Cosnahan y finalmente había regresado...

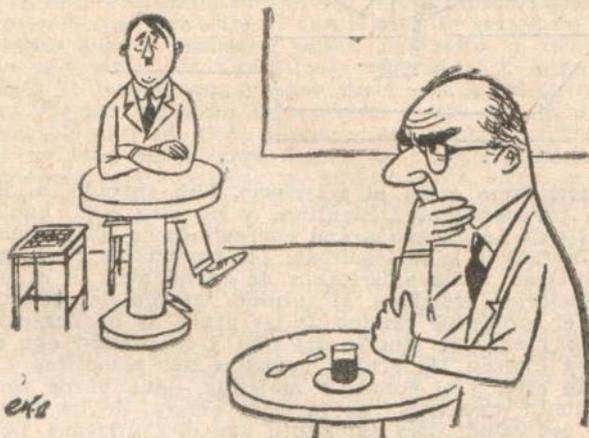
Cosnahan sonrió. La unidad, sí, pero ¡cuánto mayor esta unidad! Pensar que todos esos años, el tiempo de alcanzar la madurez, Rosemary había estado esperando pacientemente ahí, sirviéndo-

(Sigue atrás)

(Viene de la pág. 2)

los hechos, el desmantelamiento policial de la Universidad, la disolución de los partidos, las leyes represivas), Paso previo a la Purificación de la Argentina, acaba de culminar bruscamente: por orden presidencial. Ya estamos maduros para la política. La Universidad sigue desmantelada, eso sí, y se busca atomizarla, desarticulando las Facultades (4), Ongaro y Tosco, por hablar sólo de ellos, siguen presos, y hay once leyes de represión en plena vigencia (una, de pena de muerte) pero se vuelve a hablar de elecciones, los partidos podrán reorganizarse y se les devolverá su patrimonio, hasta se les prestará dinero si no ordenan votar en blanco (postura que filosóficamente estaría en contradicción con el descubrimiento de nuestra aptitud para elegir presidentes), en otras palabras: la Revolución Argentina cumplió su cometido histórico. Se borró el liberalismo, se erigieron las nuevas estructuras, se unificó la Nación. ¿Ah, sí? Lo que uno no puede dejar de preguntarse es: ¿cuándo ocurrió todo esto?

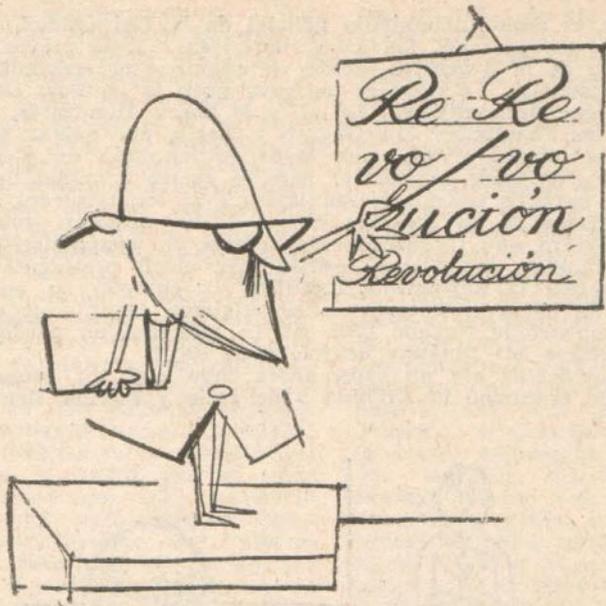
El país del 66 era un caos, ahora todo está en orden. Por ejemplo: se ensanchó la Avenida 9 de Julio y Florida tiene tulli-



panes. Somos dueños de la avenida más ancha, la calle peatonal más larga y el dólar más alto del mundo. Somos euclidianos. En la esfera política, sólo un nihilista puede no ver el cambio operados a nivel de dirigentes. Toda una briosa juventud ha irrumpido en nuestra historia. Balbín, Jauretche, Frondizi, Alsogaray, faltan Tamborini y Mosca, y que resucite Palacios, para que la Argentina parezca una guardería infantil. Ya lo sabemos, en este mismo instante algún lector se preguntará qué, pero qué pretendía esta revista. ¿Una revolución militar más larga, más "profunda"? No, de ninguna manera. Más bien, todo lo contrario. No queríamos ninguna Revolución Argentina, no, al menos, según se entienden estas palabras (revolución y argentina) entre nuestros perennes salvadores de Campo de Mayo. O todavía más claro, sospechamos que este tipo de socorro militar, aparte de monótono, ha demostrado ser perfectamente incapaz de mantener al país bajo el control de la burguesía. Una prueba: la casi oficialización del peronismo, o mejor de cierto peronismo. Otra baraja que juega el orden dominante para evitar el giro a la izquierda de la clase obrera. Contradictoria astucia que si bien parece una claudicación ante Perón (de ahí las publicaciones escandalizadas de un escritor como Borges, que ya no advierte ciertas sutilezas de su propia clase), es, quizá, la última posibilidad de intentar, con apoyo obrero, un frente contra el único fantasma más temible que Perón: el socialismo.

Y de esto, precisamente, queríamos hablar. De la tan divulgada apertura política. ¿Qué significa esta súbita amplitud en que Perón, su regreso, el cadáver de Eva Perón, los viajes a Madrid, y los multicolores y heterodoxos afiches de la CGT denostando tan-

(4) Como se advierte cuando nuestro número anterior (pág. 2), este editorial fue escrito hace unos meses. Varias de las que entonces eran conjeturas, hoy son realidades. La probable candidatura de Lanusse, por ejemplo. O la atomización de la Universidad. Letras y Filosofía acaban de ser trasladadas a la zona de Medicina: se aísla así a Sociología, Psicología, Historia, etc., que son el verdadero nervio político de Humanidades. Ciento cinco estudiantes procesados, varios todavía presos, y tres baleados y una muchacha asesinada en Mar del Plata. totalizan la imagen de lo que en nuestro país se entiende por reorganización universitaria.



to al imperialismo como al marxismo, han entrado a jugar un papel tan preponderante? Significa, y no otra cosa, que para la derecha el país ha llegado a una encrucijada: o un peronismo más o menos inofensivo, o la izquierda. Los tupamaros en Uruguay, los golpes militares latinoamericanos de tendencia (o al menos de clara fraseología) socialista, el rotundo triunfo del marxismo en Chile por el sorpresivo camino de las urnas, la no desaparición de la guerrilla pese a la muerte del Che y la presión que en nuestro país ya ejercen los grupos armados neo-peronistas e izquierdistas, todo esto, y el creciente malestar —que puede equivaler a esclarecimiento creciente— de la clase obrera, de los intelectuales jóvenes y los estudiantes (al punto que el Cordobazo significó la primera, pero quizá no la última, expresión objetiva de unidad entre el proletariado y los grupos estudiantiles e intelectuales), ha hecho que la alternativa se simplifique hasta la nitidez. O un peronismo conciliador, o el giro a la izquierda. Y escribo peronismo conciliador porque hay otro peronismo (y el gobierno lo sabe) que pertenece a un vasto movimiento nacional de izquierda, inarticulado aun, cuya doctrina esencial es el socialismo (5).

Para demostrar que la "apertura" respecto del peronismo incluye sólo a cierto peronismo (esquemático: el de Rucci y Cía.), que, sin ninguna exageración, podríamos calificar de derecha, no hay más que recordar esto: más o menos por el mismo tiempo en que se dictaminaba, desde el gobierno, la existencia legal del peronismo, amansando al pueblo con una servicial aunque vaga promesa (la del "retorno"), más o menos por ese tiempo, dos dirigentes peronistas fueron encarcelados: Ongaro y Tosco. Y para sospechar que la "apertura" no sólo excluye al peronismo duro, sino, quizá, al propio Perón, bastaría ir teniendo en cuenta un hecho, nada desdeñable: la fobia casi histórica que el conservadurismo y buena parte de las FFAA le tienen a este hombre, circunstancia que puede dificultar bastante su regreso. Para no hablar de su candidatura. Esto, claro, sin contar las ideas del propio Perón al respecto.

Y sin contar, ya desde una perspectiva distinta, otro hecho. Vamos a decir cual.

El surgimiento de Perón en los años 40, y la posterior formación de su doctrina, fueron consecuencia, hoy nadie lo ignora, de una necesidad real del proletariado argentino. Si Perón no fue capaz, o no tuvo el menor interés de realizar una revolución profunda, de tipo socialista, o si las condiciones históricas no esta-

(5) Se que esta descripción puede chocar a ciertos peronistas que (inevitablemente) se jactan de ser anti-izquierdistas, de aborrecer al marxismo, al socialismo. De la misma irracional manera que ciertos marxistas, olvidando quienes forman el peronismo de base, se jactan de ser anti-peronistas. Pero escribo "doctrina esencial" en el sentido que le da Herbert Read en *Anarquía y Orden*. Aludiendo al anarquismo, al comunismo y al socialismo, Read textualmente dice: "La doctrina esencial de todos los partidos reformadores" (léase movimientos transformadores) "es el comunismo; sólo difieren por la sinceridad con que profesan el ideal, y por los medios de que se valen para llevarlo a la práctica". (Herbert Read, op. cit., Americalee, pág. 89.)

Malcolm Lowry

le a su modo, había realizado sus diarias tareas regularmente, como el péndulo de un reloj, no obstante Mussolini, el fascismo, las guerras, los desastres, los triunfos, Abisinia, los alemanes, Pirandello, Marinetti, la liberación por los norteamericanos, Garibaldi, de Gasperi y Roberto Rosellini, Rosemary había comido su heno y a las siete de la mañana había bebido sus baldes de leche, y había masticado su apio y sus zanahorias, reuniendo fuerzas y creciendo generosamente, tal como si justamente aguardara a que Cosnahan descubriera el camino hacia ella, primero mentalmente, y luego, como si aquello no fuera bastante, le había proporcionado entonces la base de lo que había sido su primer sustento seguro para que pudiera reunirse de nuevo con su benefactora en carne y hueso, realmente le había pagado su billete para que atravesara el Atlántico.

Y finalmente había respondido a la voz de Cosnahan... Cosnahan se acercó suavemente y dio unas palmaditas en esa trompa que tan certeramente sabía buscar.

—Rosemary —dijo— ¿Cómo puede olvidar que tenías que estar acá? Dios mío, chiquita, cómo has crecido... Pero, nada de tristezas ahora. *Jean traagh choud as ta'en ghrian soilshean!*

Y Rosemary agitó las orejas, que no eran muy grandes porque era una elefanta de la India, y mirando a Cosnahan con sus ojillos perspicaces e inteligentes, de pronto, barritó.

Naturam expeditas, horquilla. La naturaleza! hablando de la naturaleza que vuelve, ahí estaba también la horquilla. Rosemary... Ningún reconocimiento por descabellado que fuera ni de la literatura, ni de la realidad, de algún antiguo cornaca, de John Carter después de una larga separación en *Tarzán de los monos*, de Sabú —reconocimiento era anagnórsis!— y ahora sabía por qué había pensado en Androcles y el León —hubiera podido ser más completo o, pensó, un más abierto desafío a quienes afirmaban que, después de todo, la extraordinaria memoria del elefante, como no fuera para las ofensas, era un mito. Ni más sensacional, a su modo, pues a su parecer, ¿no tenía acaso hasta un cierto sabor aristotélico?

—Ay, Rosemary, repositorio de mis viejos secretos juveniles, compañera de mis ensueños en ese Océano Indico color violeta

(en el que tan malamente te mareaste), ¿cuántas veces figuradamente hablando, no te he sostenido la cabeza, te he consolado, mientras proclamabas al monzón tus desdichas elefantinas? ¿Cuántas veces no te he lavado, no te he preparado la enorme esponja empapada en agua para que cuando tuvieras demasiado calor, tal como ahora, pudieras alzarla con la trompa y darte una linda ducha, cuántas veces no te he servido tu sombrero?, ay, Rosemary querida, ¡qué tiempos los nuestros! Así como trunca fue nuestra amistad, aunque profunda, así también es, como vemos, de indestructible, casi eterna.

Pero fue entonces como si Rosemary se estuviera transformando bajo sus ojos en un elefante dentro de una jaula de madera, entre los embornales y la escotilla número 2, a babor, en la cubierta de proa de aquel viejo barco mercante. Después de la tormenta la cubierta toda había sido un pesado y perezoso murmullo somnoliento, un susurro con intermitentes chorros somnolientos de espuma a través de los embornales. Frente a la rueda que giraba silenciosamente sobre el puente, se hallaba un hombre lerdo, los ojos puestos en tropos más levantiscos que el compás: Quattras. Allá arriba también reflexionaba el oficial de guardia, el mentón aburrido en un pliegue de las lonas impermeables. En alguna parte, las máquinas murmuraban suavemente: Frere Jacques, Frere Jacques, Frere Jacques... Una campanada; y un pez volador, para la grave curiosidad de Rosemary había caído de pronto encima de la jaula, y Cosnahan, había tomado rápidamente la temblorosa criatura celestial y, eligiendo el momento, lo había arrojado mar adentro para alborozo de sus hermanos que pasaban junto al barco. Rosemary se estaba convirtiendo en un elefante de lapizlázuli. Y el elefante de lapizlázuli se convertía en la figura de una elefanta joven sobre la cubierta de una novela llamada *El arca de Singapur*, frente al capitán de un barco que la miraba con asombro, a la entrada del cuarto de derrota, más o menos como el autor contemplaba a esa misma figura, riendo todavía silenciosamente, una vez más sentado bajo el toldo del restaurante "Rupe Tarpea" en la vía Vittorio Veneto, a la caída de la tarde, en Roma.

ban dadas, no viene al caso. Lo innegable es que el peronismo no fue, como se ha dicho, un invento del G.O.U. para consolidar al Ejército en el poder, ni una mera trasposición del fascismo italiano, como lo creyeron, sin preocuparse en meditarlo mucho, la izquierda y la derecha y los intelectuales y el estudiantado de la época. Que Perón haya sido el teórico del G.O.U. ("para un militar no debe haber nada mejor que otro militar", axioma de la Logia, tiene un nada oculto parentesco con la consigna fundamental del peronismo), que hubiese participado en 1930 en el golpe oligarco-imperialista del general Uriburu, y que declarase en alguna oportunidad su admiración por Mussolini al punto de afirmar "que lo imitaría en todo menor en sus errores", no basta para hacer de Perón un fascista, ni para justificar la indigna Unión Democrática (cuya consecuencia política más visible fue desacreditar irrevocablemente a la izquierda ante la clase obrera), y mucho menos basta para negar esta realidad; fue el pueblo, su necesidad de una transformación revolucionaria, quien llevó a Perón al poder. Perón, para el pueblo, significó realmente Justicia Social, hechos y no palabras. Lo que hay que preguntarse ahora es lo siguiente: ¿Aquélla situación histórica puede repetirse? ¿Qué es lo que ha cambiado desde los años 40 hasta hoy? Perón, líder aún de los trabajadores, ¿puede, treinta años después y sin embarcarse en una verdadera revolución, seguir representando los intereses reales de la clase obrera? Los dirigentes gremiales que cambian cortesías con el gobierno, viajan a Madrid, y sienten tanto apego por su "status" de sindicalistas ascendidos a burgueses, como miedo a la Revolución, parecen creer que sí. Nada sin Perón, proclaman. Lo que no dicen es si Perón quiere volver, detalle algo considerable (6), ni dicen cómo se las arreglaría Perón, si lo dejaran o quisiera volver, para acaudillar a un movimiento obrero cuya conciencia social, gracias al propio Perón entre otras cosas, está muy por encima de la que representó el peronismo tradicional. Porque, entre el 43 y el 45, la clase obrera descubrió que era una fuerza histórica decisiva, y hoy ya lo sabe. En ese entonces, Perón era para el pueblo la expresión máxima del líder popular, antes no había habido más que Yrigoyen, del que Perón venía a ser algo así como una versión corregida y aumentada (una especie de Yrigoyen "de izquierda"), ahora Perón tendría un antecedente: el propio Perón. Para que el movimiento obrero no terminara desbordándolo, Perón debería ser algo así como él mismo y otro, un Perón a la izquierda de Perón, una especie de Allende. Porque esta clase obrera y este estudiantado y estas juventudes peronistas, aparte de la experiencia peronista han vivido, de algún modo, la experiencia de toda latinoamérica, la de Cuba, la de Chile y Perú, la de Uruguay y Bolivia, han sentido la muerte del Che seguramente mucho más que la de Alonso o Vandor, saben que existen curas revolucionarios, y ya no se conformarán con obras sociales y pandulces en Navidad, porque lo que exigirán es asumir el poder real.

Si a esto se agrega que buena parte de la fuerza del peronismo, y no la menos revolucionaria, residía en Eva Perón, no se ve muy claro de qué modo, en esta nueva etapa histórica, Perón, sin radicalizar sus posturas políticas, podrá conducir a los sectores más duros de su propio movimiento y, sobre todo, expresar en actos (ya que emblemáticamente sigue siendo, sin discusión, el único líder de la clase obrera), expresar en actos, digo, las necesidades reales de los trabajadores argentinos. Máxime cuando ya casi no las expresaba ("he dejado de ser el Jefe de una Revolución para ser el presidente de todos los argentinos", declaró, y ese fue el comienzo de su declinación) en los últimos tiempos en su gobierno. Y cualquiera que tenga más de 30 años y buena memoria, lo recordará.

En suma: todo esto es lo que ha cambiado. Y todo esto es (Continúa en la pág. 10)

(6) Ya en prensa la revista, leemos este reciente texto de Perón: "MI decisión de volver a la Argentina es firme e incontrovertible; tan pronto se hayan creado las condiciones indispensables", pero se le ha negado "la documentación que le corresponde como ciudadano argentino" (el pasaporte). Y agrega: "Tengo un juicio abierto y captura recomendada en la Policía Argentina, de manera que si llegara a mi país podría ser detenido por una de las tantas causas inconstitucionales instauradas en 1955. Yo sé que tal causa no existe sino en los tribunales y que no resiste el menor análisis, pero existe. En tales condiciones, cuando se me insta a regresar desde la dictadura o sus agentes yo no puedo menos que desconfiar: cáscaras de banana, no" (Juan Perón, *Las Bases*, órgano oficial del Movimiento Justicialista, n° 2, diciembre de 1971). Si se piensa en lo que pasó en el país cuando Perón, en 1945, fue confinado en Martín García, si se piensa en el 17 de Octubre, no parece que sea la falta de pasaporte o una mera orden de detención policial, si Perón quisiera realmente volver, lo que va impedirle a un pueblo patear para el otro lado la famosa cáscara de banana, para seguir con la metáfora.

la adolescencia
argentina
en las
obras de

ricardo güiraldes

y de



ROBERTO ARLT

El mismo año, 1926, ve la aparición en la Argentina de dos novelas que si bien comparten un tema común, la adolescencia de un niño argentino, están en polos opuestos no sólo por su estructura literaria, y su lenguaje, sino, especialmente, por el concepto que dan de una adolescencia argentina. Son "Don Segundo Sombra" de Ricardo Güiraldes y "El juguete rabioso" de Roberto Arlt. También, como señaló Noé Jitrik en su "Escritores argentinos", es el año de la publicación de *Zogoibí*, de Enrique Larreta, pero este libro de un oligarca culto e hispanizante está tan al margen de cualquier realidad, o aún de cualquier intento de creación de arquetipos nacionales que no concierne a esta nota.

Se ha dicho que toda gran obra literaria es el producto de las obsesiones particulares de su autor, y estas dos novelas parecen responder a esa definición aunque de forma distinta y, sobre todo, por motivos distintos. La obsesión de Arlt es por el mundo que lo rodea, por la terrible marginalización que observa entre las clases bajas porteñas, especialmente las de reciente emigración, para las cuales la imagen del nuevo mundo se ha convertido en un mito sin validez, tan sin validez que ni siquiera lo viven o lo comentan. Su quehacer diario, el mero sobrevivir en esta ciudad monstruo que es Buenos Aires, espejo de riquezas inalcanzables y de miserias demasiado reales, es su problema. Silvio quiere estudiar, quiere hacerse hombre, pero todo conspira para embrutecerlo; el trabajo prematuro que no ennoblecía sino que rebaja, la sociedad que constantemente le recuerda su pobreza. Pobreza que le impide acceder a una vida mejor y realizar sus talentos, que son muchos.

Porque según Arlt, el peor crimen que comete la sociedad que lo rodea es la castración de la potencialidad del adolescente, su marginalización por motivos de clase.

En otra perspectiva, Güiraldes, preocupado como tantos argentinos de su generación (y de las anteriores y posteriores) por la posible disgregación de valores culturales y nacionales que provocarían los aportes de la nueva masa emigrante, intenta con su novela crear un arquetipo nacional, una figura mítica, coherente, agraria y criolla que represente al país. A esta figura se la da como maestro a Fabio, el reserito, quien aprenderá, literalmente a su sombra, a convertirse en un gaucho, es decir, en un auténtico hombre argentino. Fabio, que al ver a Don Segundo intuye que ése será su maestro, lo sigue con la total convicción de que está siguiendo su destino. Y con la libertad de movimiento y que le confiere su total desprendimiento afectivo y familiar. Nada le retiene; Fabio es libre. Como no lo es ni lo será nunca Silvio, ya que su pobreza ciudadana se lo impide.

Fabio vive en la pampa, bajo el aire y el sol y el cielo azul. Silvio vive en Buenos Aires, donde, con suerte, se puede ver un jirón de azul. Pero su paisaje más habitual está hecho de conventillos y tachos de basura.

El gran consejo de Don Segundo "Hacete duro, muchacho", es superfluo en el caso de Silvio porque los débiles, en su ambiente, simplemente se hunden, mueren, son encarcelados o aceptan cualquiera de las mínimas opciones que se les ofrece. La brutalidad, para Fabio, es parte de ese hacerse hombre, es una brutalidad a lo Hemingway, empalpada de imitaciones de la naturaleza, bruta-

NISSA TORRENTS

España, o algo así, porque nació en Barcelona y vive desde hace años en Inglaterra, donde se casó con un pintor, y dicta cátedras universitarias de Literatura Latinoamericana. Delgada, petita, usa el pelo así de corto y parece incapaz de matar una mosca, pero sólo parece. Vino a Buenos Aires a investigar la ciudad a través de su literatura, dio unas conferencias, se fue. "El escarabajo de Oro" sólo lo vio tres veces. Desapareció de golpe, y como es tan desprolija que ni firmó los originales de este ensayo y además se lo dejó a Luis Wainerman para que lo hiciera llegar a la revista, no nos dio tiempo a ajustar la ortografía exacta de su nombre. Tampoco sabemos su edad. Tampoco sabemos qué ha publicado o piensa publicar. Tampoco sabemos si ya llegó a Inglaterra porque, al parecer, tomó un avión para Chile. En fin, que aparte de lo dicho no sabemos casi nada. O sí. Que da la impresión de tener muchísimo talento, que pronuncia la "z" de un modo más bien infantil que español pero de pronto se enoja, opina, y agarra un aire a Rosa de Luxemburgo que para los pelos.

lidad inevitable pero que no rebaja. La brutalidad en el mundo de Silvio, es la relación entre gentes que se odian y luchan por oprimir en vez de ser oprimidos. También es ley natural pero parece haber indicaciones de que es una ley que les toca a los pobres y no a los ricos, a los que la imaginación de Silvio rodea de un aura de paz y bienestar que se acerca a los cuentos de hadas, o más adecuadamente al ambiente folletinesco de sus lecturas.

Fabio rechaza a lo familiar porque se quiere libre para seguir al maestro, al guru que encarna las virtudes de la raza, Silvio rechaza a su padre porque es un recuerdo cruel, la primera humillación de su vida, su primer sentimiento de esclavo, de humillado, el presentimiento de la crueldad que será su existencia.

El recuerdo es positivo para Fabio que se serena en la revisión de lo que fue, para Silvio tiene siempre caracteres de pesadilla porque su pequeña biografía ha sido una serie de hechos infames, crueles que le han convertido en un resentido,

en un traidor y no en un hijo de patrón. La recompensa no sólo de final feliz sino también económica de exacto aprendizaje del reserito.

Guiraldes pasó parte de su juventud en una estancia y todos sabemos que el personaje de Son Segundo tenía una contrapartida real pero a la novela no podría llamarse autobiográfica o ni siquiera que esté estrechamente relacionada con la vida del autor.

El *Juguete rabioso* contiene innumerables detalles de la vida personal de Arlt, aunque el deslinde entre autor y personaje sea siempre posible, pero es que en toda la obra de Arlt hay esta continuidad entre el autor y sus caracteres que comparten no sólo detalles biográficos sino especialmente, y esto es lo que nos interesa, las mismas obsesiones, las mismas reacciones al rechazo social.

Es fácil identificar a las madres de autor y personaje, Arlt también trabajó en una librería de ocasión, y sintió el horror y la piedad que Silvio muestra por esta mujer que se ve obligada por las circunstancias a mandar a su hijo a trabajar porque no puede mantenerlo. "Los trabajos y los días" de bellos recuerdos horacianos en Guiraldes es aquí un capítulo de pesadilla donde Arlt presenta la sistemática destrucción por la sociedad de un adolescente que, como en los tangos (de los que tanto tiene su obra), su único pecado es el haber nacido, ya que Silvio no es culpable de otra cosa y no se reconoce nunca como tal, el remordimiento es siempre el gran ausente de la obra por otra parte, eternamente torturada de Arlt.

Para él no hay visiones ni elecciones. Tenés que trabajar. Silvio, le dirá su madre.

"—¿Trabajar, trabajar de qué? Por Dios... ¿Qué quiere que haga?... ¿Qué fabrique el empleo?... Bien sabe usted que he buscado trabajo.

Hablaba estremecido de coraje; rencor a sus palabras tercas, odio a la indiferencia del mundo, a la miseria acosadora de todos los días, y al mismo tiempo una pena innombrable, la certeza de la propia inutilidad" p. 62.

Para Fabio el problema era el alcanzar el conocimiento de uno mismo, creciendo de forma armoniosa bajo los grandes espacios, hasta convertirse en el hombre formado que a partir de sus principios llevaría una vida justa y honrada porque como le dice su maestro:

"Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante, como madrina'e tropilla" p. 188.

Ser gaucho vemos pues que no es sólo una profesión o una destreza sino que es una cualidad moral que se logra mediante el ejercicio físico, el silencio y el aceptar nuestro puesto en el orden cósmico (convenientemente en el caso del reserito su puesto es finalmente el del patrón, suerte no compartida por Silvio Astier). Las virtudes en el mundo de Guiraldes, las cualidades ape-

tecibles, son morales ya que lo económico no entra como dimensión en su mundo pero sí entra y a patadas en el de Silvio Astier que tiene que comer para sobrevivir y para quien las cualidades morales son ejercicios académicos si no resuelve la manutención. Silvio tiene espíritu y lo siente con una agudeza de horror porque es la angustia, la conciencia de la propia impotencia para cambiar el destino fatal que le ha tocado. El no quiere aceptarlo, como Fabio, quiere cambiarlo, arrojarlo por la ventana, obtener el derecho de la dignidad humana que la sociedad le niega. Es interesante recordar que el título original de *El juguete rabioso* fue *La vida puerca* y que fue el mismo Guiraldes quien le señaló la conveniencia de un cambio.

La visión que transformó la vida de Fabio al ponerle en contacto con su maestro no existe para Silvio para quien crecer consiste en la toma de conciencia de la disminución de las opciones, de la reducción del futuro a un mero sobrevivir de esclavo. Una vez se deja atrás el mundo de la infancia, no muy dorado en su caso pero todavía abierto al sueño y a la ilusión, crecer es disminuir, las ilusiones ya no aguantan los embates de la realidad y acabamos con nada más que la dolorosa conciencia de la propia soledad, de la angustia total como paisaje vital y la imposibilidad de comunicación con los otros seres humanos, sean amos o esclavos, a nivel humano, de ahí que el mal y la traición se presenten no sólo como esquemas de venganza sino como estructuras elementales de comunicación, de romper el monadismo angustiado que es su vida.

Otra de las diferencias remarcables entre estos dos adolescentes argentinos es su actitud ante la cultura, el pensamiento y el poder de la inteligencia. Fabio, confía en la baquia, es decir en la destreza física que permitirá dominar mínima-

mente a la naturaleza de la que el hombre sólo es una parte y no la primera.

"Por su bien el resero tiene la vida demasiado cerca para poderse perder en cavilaciones de índole acobardadora. La necesidad de luchar continuamente no le da tiempo de atardarse en yerros; o sigue, o afloja del todo, cuando ya ni un poco de poder le queda para encarrar la vida. Dejarse ablandar por una pasajera amargura, lo expone a tomar el gran trago de todo climarrón que se acocina: la muerte. Una medida grande de fe le es necesaria en cada momento, y tiene que sacarla de adentro, cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo. Ley del fuerte es quedarse con la suya e irse definitivamente".

Y más adelante, hablando de un peón que se duerme rendido:

"Ahí quedó, sin darse cuenta siquiera que el sueño le había agarrado a traición, en el suelo, donde tal vez, a pesar del golpe, sintió que aflojar el cuerpo y no querer más nada es algo maravilloso" pág. 181.

Pensar, reflexionar, no son de gaucho porque todo lo que Fabio tiene que aprender es su lugar en el mundo y aceptarlo en silencio, lecturas, cultura son de ciudad y por lo tanto sospechosas. Cuando Raucha le da libros dice "... fueron transformándome en un hombre culto. Nada, sin embargo, me daba la satisfacción potente que encontraba en mi existencia rústica" 197

O sea que además se alían la virilidad y la no-cultura, el machismo y el aceptar la suerte:

"Suerte, suerte! ¡No hay más que mirarte a la cara y aceptarte linda o fea, como se te de la gana venir!", 176.

Sentimientos que enloquecerían a Silvio Astier constantemente empeñado en saber el por qué de su vida puerca e intentar escaparla, Silvio que había soñado ser Rocambo-

(Sigue atrás)

EL ESCARABAJO DE ORO llama a colaborar a todos los escritores jóvenes de la Capital y el interior. Los cuentos, ensayos o grillerías, deben ser remitidos a nuestra redacción: Maza 1511, 2do. C. Los poemas, libros y críticas de poesía, a Víctor García Robles, calle Juan Agustín García 3063, Capital.

ARGENTINA EXTRANJERO VIA AEREA

6 Nros.	\$ 1.000	dls. 3	dls. 5
12 Nros.	\$ 2.000	dls. 6	dls. 10

Deseo suscribirme por números a EL ESCARABAJO DE ORO, a partir del número para lo cual adjunto \$

NOMBRE

DIRECCION

CIUDAD TEL.

PAIS

Giros y cheques a EL ESCARABAJO DE ORO, Maza 1511, 2do. C. Capital. Los giros o cheques en moneda extranjera, a nombre de LILIANA HEKER.

(Viene de la pág. 7)

lo que hace que el "retorno de Perón", consigna que entre algunos grupos peronistas revolucionarios es un auténtico lema de combate —pues pone de espaldas a la pared al gobierno y al propio Perón, obligándolos a definirse—, sea, sin embargo, utilizado también por la burguesía y por ciertos dirigentes obreros para apaciguar al pueblo. Lo que se busca, pues, no es restituir a Perón en el poder, sino, 1) mantener mientras se pueda, a la clase obrera con la ilusión del retorno. El tiempo juega a favor del Régimen: Perón, aunque longevo, no es eterno; 2) usar al peronismo tradicional, que por definición es igualmente enemigo del liberalismo y del marxismo, como barrera contra el "peligro comunista", peligro que hoy incluye también a los grupos neo-peronistas de izquierda a los que el peronismo oficial no prestará su apoyo (7), lo cual, a ojos de la clase trabajadora, equivale a una descalificación. Abierta esta brecha entre clase obrera e izquierda, la burguesía podrá seguir controlando el país a través del peronismo. Con lo cual se habría conseguido transformar a un movimiento popular, vale decir a una "fuerza histórica", en una mera fuerza electoral.

Lo que falta saber, ya que nadie ignora que el peronismo concebido de este modo (como fuerza electoral) es algo así como la heredera millonaria para cuanto gigoló político anda suelto en el país, es quien, no siendo Perón, podrá conseguir el apoyo masivo del peronismo. Ya que, sin apoyo masivo, también hay la menor garantía de que ningún presidente argentino termine su mandato: como más bien lo han probado Frondizi, Illia e, incluso, el propio Perón en su segundo gobierno.

Si la ultra-derecha no da un golpe de mano o la izquierda, peronista o no, no consigue de una vez por todas conducir el movimiento obrero, no es demasiado delirante pensar que un hombre como Lanusse, por más que declare no querer ser presidente (declaración algo paradójica viniendo de un presidente) se vea casi obligado a asumir esta nueva metamorfosis del orden dominante (8). Metamorfosis porque, desde Onganía y Levingston a Lanusse, algo, sutilmente, cambió. A la manera del Gatopardo, pero cambió. Por primera vez desde que la llamada Revolución Argentina tomó el poder, los liberales han empezado a alarmarse: esto es un hecho, y para constatarlo no hay más que hablar con cualquier radical. Y nunca como hoy, pese a la libertad formal (llamémosla: literaria) que tiene la izquierda teórica, se ha llevado más lejos la represión a los grupos armados y a los dirigentes activistas, peronistas y de izquierda. Durante los gobiernos de Onganía y de Levingston se requisaban revistas literarias o libros de Althusser o se quemaba en la aduana la Estética de Lukács; la represión cultural no parece preocupar al general Lanusse, al contrario: las revistas, las radios, la televisión y los suplementos de los diarios, llaman a colaborar a sospechosos y aun a los clásicos interdictos. Viñas, Manauta, Rozenmacher, Castillo (me incluyo no para prestigiarme en el montón, sino para compartir responsabilidades, o al menos para que nadie recele que estoy juzgando olímpicamente desde una purísima nube), Walsh, Costantini, Jitrik, pue-

(7) Con gran aplicación, Rucel se encarga de propalar toda vez que puede que Tosco y Ongaro no son peronistas. Incluso los ataca, sin preocuparse de que estén en la cárcel por peronistas. A su juicio, además, la ultra-derecha y sobre todo "los zurdos" (sic) son los culpables de que su nombre, y por lo tanto la CGT y por lo tanto la clase trabajadora, se enlodara con el asunto del asesinato de Silvia Filier. (Ver su Solicitud al respecto, "Clarín", 14 de dic.) En suma, el peronismo duro y el peligro comunista son una idéntica maquinación anti-obrera. En otros niveles, yo mismo he tenido una prueba (lamentable) de esta mentalidad. Hace poco fui invitado a hablar en un homenaje peronista a Leopoldo Marechal, organizado por universitarios. Una muchacha nombró a Ongaro. Se oyó una voz: "acá no hemos venido a hacerle propaganda a ese señor". Por fortuna, había algunos obreros, peronistas desde antes que el gobierno les diera permiso. Uno de ellos recordó que Marechal no hubiera permitido semejante agravio a un compañero preso. Y éstas, sospecho, son algo más que contradicciones internas del Justicialismo: son la expresión de la lucha entre la ideología conciliadora de la baja clase media o el proletariado "de cuello duro", y la ideología de la clase obrera real. No es arriesgado vaticinar que las verdaderas "elecciones" para el peronismo se jugarán, por encima de los nombres circunstanciales, entre ambas posturas.

(8) Ya hemos dicho que este editorial fue escrito hace meses. Hoy ya no es ningún delirio suponer la candidatura de Lanusse. Neustad, la adelantó no hace mucho, y Neustad, como se sabe, es la mejor informada pitonisa de los gobiernos argentinos, cualesquiera sean estos gobiernos, y desde hace algo así como un cuarto de siglo. Si tan autorizada fuente no bastase, cabría recurrir a *La Opinión*, que también ya lo sabe. El propio general Lanusse, por lo demás, acaba de declarar a la prensa paraguaya que si no tiene más remedio será presidente, qué le va a hacer.

Nissa Torrents

le o Baudelaire y a quien la suerte depara la denigración de la pobreza, lo grotesco de la pobreza que los demás evitan como una peste física.

"Los transeuntes se desarrimaban a nuestro paso, no fuera que les mancharamos con la mugre que llevábamos", 89.

Y cuando ve a unos niños ricos tras una ventana no acepta su suerte sino que dice:

"Todo el corazón se me empujeficció de envidia y de congoja. Pensé. Pensé que yo nunca sería como ellos... nunca viviría en una casa hermosa y tendría una novia de la aristocracia". 91.

Para Silvio la vida es una ley de ferocidad, pero no la hay de fortaleza que exige la pampa, sino de ferocidad, pero no la ley de pueden sobre los impotentes, sobre los desvalidos, sobre los otros, por el puro placer de herir,

"Una sensación de asco empezó a encoraginar mi vida dentro de aquel antro, rodeado de esa gente que no vomitaba más que palabras de ganancia o ferocidad. Me contagiaron el odio que a ellos les crispaban las jetas y momentos hubo en que percibí dentro de la caja de mi cráneo una neblina roja que se movía con lentitud" 95.

Su vida tiene que sufrir todos los ultrajes, todas las humillaciones por una culpa que él no siente, por un mecanismo que no alcanza a ver pero cuyos efectos sufre a carne viva, porque Silvio, al contrario del reserito se da a la introspección, intenta ver el por qué de la vida puerca siempre con el mismo resultado negativo. Si no piensa no es por motivos de aprendizaje espiritual sino para aumentar su rencor y maquinan su venganza ante esta sociedad que le margina sin explicación y le condena a la mediocridad y al olvido total de la muerte porque la muerte es para Arlt no un accidente de trabajo, como para el reserito, sino la confirmación de la nada, la radicalización de la mediocridad a la que le ha condenado la vida.

El "así es la vida" es anatema para Silvio, su soledad es total por eso intenta traicionar porque la culpa le puede hacer solidario con esos seres infames que pueblan el mundo, porque puede prolongar su existencia entre la de ellos, al igualarle y así comunicarse y quizás entonces caminar tranquilo. Porque a pesar del horror, él sigue creyendo en la posibilidad de mejorar, aceptar la suerte en él equivaldría a morir en vida porque la suya no es la de Fabio que puede despreciar los bienes mundanos y además, a pesar de ello, acabar de patrón, Silvio no los desprecia porque no los tiene y porque en su mundo mínimo de emigrante porteño, pobre, la riqueza y la belleza se identifican, la naturaleza es una dimensión que ignora, que no interfiere en absoluto en su

vida. Para él, los ascaparates de la calle Lavalle contienen todas las bellezas del cielo abierto, el mundo, es una fiesta en la que no le dejan participar por su condición pobre, de marginado y su marginalización es tal que llega a lo cultural porque toda su avidez de cultura, su deseo de desarrollar su inteligencia y alcanzar así la fiesta de Buenos Aires, avidez que aparece desde un principio en sus lecturas desaforadas, en sus inventos grandiosos e inútiles, pero maravillosos por su misma inutilidad ya que si la ciencia se contamina de beneficios materiales pierde su pureza que es lo que la hace deseable, la ciencia, la cultura tienen que practicarse por ellas mismas, no por ningún tipo de ganancias materiales, pero lo que ocurre es que la burguesía dominante, que las controla, las usa precisamente para aumentar sus ganancias y para marginalizar aún más a los seres como Silvio que aunque poseedores de talento no pertenecen a ella.

Edison, su héroe es un lindo mito sin contrapartida real. La cultura, como los ascaparates de la calle Lavalle, son privilegios de una clase y no derechos de un talento, como prueba su aventura militar. La brecha entre las afirmaciones públicas de la burguesía y la realidad es total, el talento no abre ninguna puerta a menos que vaya acompañado de otras condiciones y aunque Silvio está siempre dispuesto a creer en los hombres, la vida le demuestra lo contrario.

—Usted tiene que estudiar, estudiar mucho, si quiere ser algo..

Yo pensaba sin atravesarme a decirlo: —Cómo estudiar si tengo que aprender un oficio para ganarme la vida...”

—Si, Astier. Ud. tiene condiciones innegables, pero estudie, usted cree que porque piensa lo ha hecho todo, y pensar no es nada más que un principio.

Y yo salía de allí, estremecido de gratitud hacia ese hombre que conocía serio y melancólico y que a pesar de la disciplina, tenía la misericordia de alentarme.” (pág. 118).

Pero la realidad es que le echan con la excusa de que en el ejército no necesitan personas inteligentes sino brutos para el trabajo aunque la verdad sea que aquel capitán que le alentó tenía un redomendado, un medio pariente y por lo tanto alguien con más derecho al trabajo y a la cultura que Silvio.

Finalmente examinemos la diferencia entre los conceptos de acción entre Fabio y Silvio, para Fabio es norma de vida, el camino del aprendizaje. Su devenir es pura acción y negación de lo reflexivo, para Silvio, la acción también pertenece al mundo del sueño, de las aspiraciones. Porque no tiene la libertad de darse a ella sueña en ser un gran bandido, un aventurero, para correr



den ser llamados a decir “lo que se les de la gana”, desde Siete Días, Radio Belgrano, Gente, Canal 7, Clarín Revista o La Opinión (a ciertos lectores incautos podrá parecerles arbitrario que incluya algún órgano presuntamente “crítico” en la enumeración anterior, cualquier persona mayor de cinco años sabe que no es arbitrario: las diferencias son de dignidad tipográfica, no de fundamental orientación política). Jauretche, por primera vez en años, pudo hablar cuatro horas seguidas por radio. Exaltar a Perón, evocar al Che, criticar a los militares y a su manifiesta proclividad por interrumpir a nuestros mansos presidentes electos, ha pasado a ser tema de conversación en cualquier radio oficial o canal del gobierno. Para no ser eterno: el Enemigo del País tiene sólo, o principalmente, dos caras. El liberalismo y la subversión. Y el liberalismo, claro, porque no puede volver sin que lo borre la subversión. El proyecto de formar una comisión permanente que impida la entrada al país de “material subversivo”, pero sin vulnerar los “derechos legítimos” de “la producción intelectual”, buena nueva que difundieron hace pocos todos los diarios, es una prueba más de que entre la asfáltica rigidez de Onganía (para quien la ópera Bomarzo podía ser obscena, y cómo leer El Capital, de Althusser, peligroso), y la claridad de propósitos de Lanusse, que condecora a un presidente marxista con la Orden del Libertador, pero deporta a un activista chileno, o no teme devolver el cadáver de Eva Duarte ni dialogar con Rucci sobre el regreso de Perón, pero no admite medias tintas con Tosco y Ongaro, entre esto y aquello, decíamos, hay algo que no es precisamente una línea de continuidad. No es sólo la “falta de libreto”, la “ninguna estrategia global” divisada por David Viñas (9). Entre aquello y esto hay como una especie de salto, una nueva y lúcida orientación: la “metamorfosis” que dije más arriba, y que es, por el momento, el modo más eficaz de neutralizar a la clase desposeída como fuerza de rebelión, y a la izquierda como elemento desencadenante..

No es imposible que estemos a las puertas de otro “peronismo”, vale decir de un gobierno de mano fuerte con apoyo popular. No es imposible que ésta sea la apoteosis o el fin de Perón como líder. Y la víspera de “otra” historia. Pero la historia, hasta Borges lo sabe, no se repite. La clase obrera tiene el antecedente del propio Perón y, aunque conciliadora, tiene la conciencia de clase que Perón le dio. Hoy, además, no estarán los estudiantes en la “vereda de enfrente”, ni se creará la disyuntiva infame, que no inventó un obrero, de “alpargatas sí, libros no”. Hoy — es de esperar, al menos—, los intelectuales no clamarán por “las patas en la fuente” o “el aluvión zoológico”. Lo que no se sabe es qué pasará después, si habrá los hombres nuevos capaces de expresar en actos esa historia, darle un sentido: evitar que derive hacia el caos o la dispersión lo que ahora es el primer síntoma de una voluntad nacional. No es un delirio retórico, no profetizamos la revolución, el milagro. Es más, puede ocurrir que si no se consigue orientar desde ahora esa voluntad hacia un auténtico movimiento de liberación, pasen muchos años antes de que volvamos a asistir a un momento histórico marcado, como el que se avecina, por una coincidente toma de conciencia de los trabajadores, la mayoría del estudiantado y los mejores entre los intelectuales. Algo sí está claro: No serán ni los políticos al uso, ni los “justicialistas” que aspiran a recibirse de burgueses, ni los “marxistas” de club, ni los militares mesiánicos, los capaces de acaudillar esto. Ni los que puedan conducirlo después.

Y otras dos cosas también están claras: ni el peronismo podrá volver a cometer los errores que le impidieron dar a la mayoría su verdadero destino revolucionario, ni, los que sin ser peronistas no sean lacayos del Imperialismo, podrán volver a equivocarse cuando tengan que decidir dónde está el pueblo argentino.

(9) Ver “El Escarabajo de Oro”, Nº 43, contratapa. Viñas hizo este análisis poco antes de la ascensión del general Lanusse al gobierno. En ese entonces, “el libreto” podía parecer, realmente, un poco confuso.

CITAS CITABLES

Para un poeta hay una sola cosa peor que un psicólogo: Un sociólogo. (Héctor Negro)

—o0o—

Mirá, viejo, mujeres no hay más que once. Lo que pasa es que van rotando. (Ike Blainstein)

—o0o—

Es preferible una imaginación revolucionaria que una revolución imaginaria. (Bernardo Jobson)

—o0o—

Ya que sos un escritor que está comprometido, ¿por qué no te casás? Se vive mucho más tranquilo. (Humberto Costantini)

AL FONDO, A LA DERECHA

"Hay que vivir"; "en el Sistema Capitalista no tenés más remedio que hacer concesiones al Capitalismo, trabajos en una fábrica o hagas periodismo amarillo"; "yo hago publicidad para el Sistema, pero eso me permite filmar mi película revolucionaria"; "escribir libretos de TV o trabajar en un Banco, ¿dónde está la diferencia?"; "una vez que sale de la imprenta, mi libro es un producto del Mercado burgués, como el Genio; lo fundamental es no escribir pensando en el Mercado"; "cuando hay que comer no hay pureza que valga, yo soy un revolucionario con sentido de la realidad, no un anarquista". Terminamos acá esta breve antología por una cuestión de estomacazo (1). No hemos inventado ninguna de estas cohartadas, se oyen

(Sigue al fondo, a la derecha)

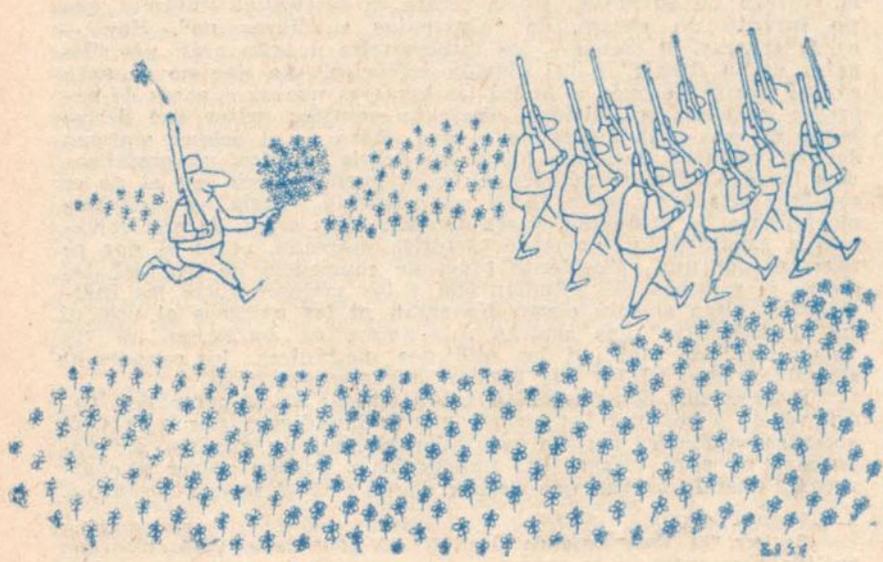
PARA UNA REVISTA, CON UNA FLOR

En su adusto origen, ésta debió ser una bibliográfica sobre Para una muchacha con una flor, de Vinicius de Moraes (Ed. La Flor. Buenos Aires). Pero nos pasó lo que a Fray Cayetano con el Hímnico: alguien, antes, lo había dicho todo, y ahí nomás rompimos nuestro manuscrito. Ne quid nimis, como decían los griegos, sólo que lo decían en griego. Nuestro Vicente López fue una revista que, por solidaridad ideológica, no vamos a nombrar (pero la estamos mirando). En su número 2, página 79, leímos:

"Desde la tierra carioca, ejemplo actual de miserable destrucción del hombre, llega esta pequeña revancha que se toman sus hijos para que Brasil no caiga". Y sigue más o menos en ese tono hasta el final, o sea unos dos o tres renglones, no sin pasar por el "poeta con mayúscula" que discurre (sic), sobre acontecimientos de diversos tamaños, "en páginas amables, livianas, conmovedoras y profundas". Convinciente ditrambo que se remata con esta descripción de la habilidad manual de Vinicius: "Vinicius toca a una muchacha y la convierte en una flor, acaricia una flor y la hace fruto, toca gente y recoge humanidad", (loc. cit.). La crítica citada es mucho más breve que este comentario. En suma: un alarde técnico. Nadie podrá, en tan poco espacio, volver a llamarle "tierra carioca" a Brasil, "hijos de esa tierra a sus nativos, "poeta con mayúscula" a un poeta (que más bien tira a poeta menor, dicho con todo respeto, pues eso no quita que dentro de sus límites Vinicius, sea loable), redactar que este poeta "discurre" y calificar de "amables, conmovedoras y profundas" a sus páginas, que al mismo tiempo son "livianas" (sospechamos que en ese párrafo hay una "y" que anhela ser "o") amenas páginas volátiles, además, que un rato antes fueron la revancha del pueblo brasileño (los hijos del país) contra la miserable destrucción del hombre, o fueron una viga o tirante que los hijos se toman o con los que alguien apuntala a Brasil, para que no caiga. Sobre la lección de botánica y Transmutación de Todos los Valores del párrafo donde se lo ve a Vinicius manoseándolo todo, las flores, la gente, las muchachas (que al parecer no son gente: cosa que nosotros, por nobleza viril, nos hubiéramos abstenido de difundir) de ese párrafo, decíamos, no hay nada que pensar. Lo de la "tierra carioca", en cambio, eso sí que nos gustó. Experimentalmente, proponemos unas cuantas figuras de lenguaje para críticas sobre poetas de diversas latitudes. Inglaterra: "isla neblinosa, la rubia Albión, cuma del Tamesis" (la última es mejor usarla, específicamente para aludir a Londres). Rusia: "cúpulas del Kremlin, vastas o desoladas estepas, cortina de hierro". Egipto: "arena que una vez por año baña el Nilo, milenarias pirámides": también calza alguna alusión al asunto del áspid y Cleopatra. Conviene no olvidar los rascacielos de New York o el ombú solitario o vigía de la pampa, el Himalaya o Techo del Mundo, caso de tener que juzgar a algún polígrafo tibetano, el dormido Vesubio; los ojos oblicuos de los japoneses, su imperio Celeste, lo amarillo de los asiáticos en general, las Siete Colinas de Roma, el ágil canguro australiano (su maternal bolsita), y, para el análisis de las letras de España: gitanos u olivos bajo la luna, ambas márgenes del Guadalquivir, un sombrero de ala ancha, majas y el toro fatídico y los patios de la Alhambra y los ojos negros de las manolas y dos o tres compases del Concierto de Aranjuez.



G R I I I



en mesas redondas, cafés, a la salida de los cine-artes. Y hay mil más sutiles. La mala conciencia intelectual es inagotable y astuta. Nosotros preferimos esta limpia respuesta de un poeta en serio aunque nada ideológico: "Por qué no me dejan un poco de joder con la Sociedad de Consumo, la revolución a la violeta y las condiciones socio-políticas, yo soy un sinvergüenza igual que ustedes pero no me hago la casta Susana, y lo peor es que a ustedes, el Día de la Podrida, los tipos como yo vamos a tener que ir a sacarlos a patadas en el culo de abajo de la cama". Totalmente sic. Nos abstenemos de nombrar al autor de este saludo de Navidad porque lo queremos entrañablemente y nos disgustaría que se lo hiciera objeto de una aburridísima representación teórica.

(1) Bag-ward de reciente invención. También puede usarse: espatulada.

POLEMITUDEANDO

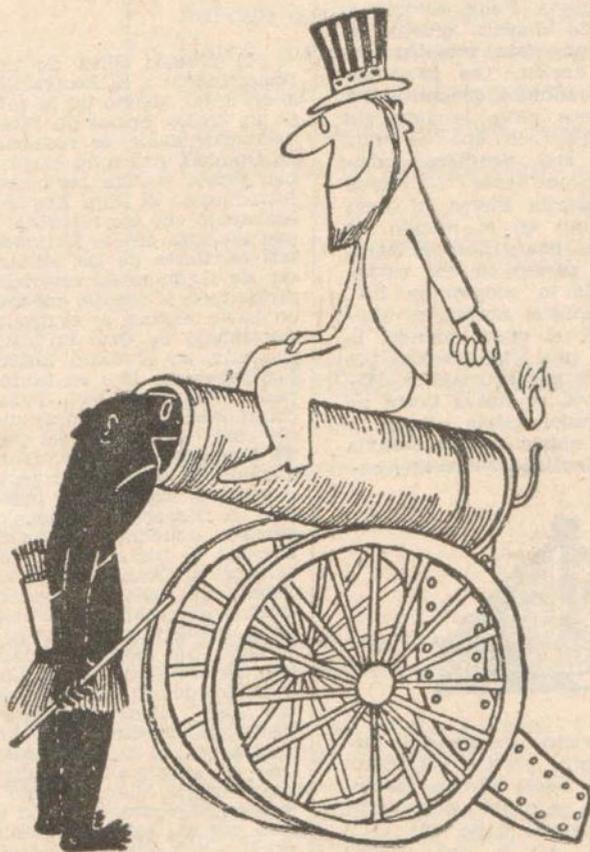
En la revista *Gente*, del 13 de octubre, hemos leído (con algún llanto) la graciosa refutación de un lector golfista a la siguiente frase de Mark Twain. "A algunos hombres la vejez les trae sabiduría. A otros, la vejez les trae únicamente golf". El aludido polemista don Ignacio Ramos, declara con humor: "Esta conclusión fácil me obliga a hacer algo que quizá sea poco respetuoso: meterme con un muerto (...). No creo que a nadie le hagan gracia las conclusiones fáciles y menos cuando vienen, como una croqueta, rebozadas por la fama de un gran humorista; pues la mayoría de las cosas (los relojes, por ejemplo, los supositorios, por no hablar de las ya clásicas croquetas rebozadas por la fama) son rebatibles y, casi siempre, ante una afirmación concluyente y definitiva (como ser: sí) se puede oponer otra de sentido contrario (como ser: no). Muchos humoristas y chistosos, incursionando en el mundo de las ideas (como ser: el golf), y por medio de la mecánica del chiste, llevan a los demás a conclusiones equivocadas y fáciles con el sólo objeto de hacer reír. ¡Qué profesión difícil e inteligente!, Mark Twain lo era (era qué? ¿difícil, inteligente o profesión?) ¡Qué arriesgada y peligrosa! Cuánta responsabilidad se aborda siendo humorista y tocando algunas veces temas que no se entienden. Pero, ¡alto! ¿No me estaré "pasando de pique", como decimos en el golf? ¿No será esto una falta de respeto para quien no puede defenderse y que si lo hiciera, con su humor y su prestigio, con una sola frase me haría polvo (...). Nosotros los golfistas pondríamos a Mark Twain para que discutiese con Ortega y Gasset, quien casi siempre hablaba en serio, y le recordara que 'en este universo mágico que es el golf, la operación de empujar una pelota con un palo adquiere un rango supremo y basta para dar sentido a la existencia.'" (para más abundan-

cia sobre la seriedad de Ortega y Gasset consúltese el libro *Leopoldo Lugone*: de Borges, página 83, donde se hallará esta otra profunda meditación del filósofo español: "Me hizo meditar mucho cierta damita en flor, toda juventud y actualidad, estrella de primera magnitud en el zodiaco de la elegancia madrileña". Y termina el deportista y polígrafo don Ignacio Ramos: "Denme 'via libre' para esta tímida defensa del golf. Si no lo consiguiera, igual nos quedaríamos contentos por haberlo intentado, pues re-

cordaríamos a Goethe, y esta pedantería es con todo respeto dedicada a Mark Twain: **EL CANTO QUE CANTA LA GARGANTA ES EL PAGO MAS GENTIL PARA EL QUE CANTA (Sic)**. Y con esto no quito ni pongo 'SABIDURIA', sino que ayudo a mi golf". Fdo: Ignacio A. Ramos. A lo que sólo se puede contestar:

A algunos hombres la vejez les trae sabiduría; a otros, únicamente golf.

MARK TWAIN



CITAS CITABLES

No me vengas con romanticismos, a los 15 años hasta yo estaba bueno. (Athos Barbieri)

—o0o—

Lo que a mí me gustaría saber es quién fue, si Carlos Fuentes o David Viñas, el que introdujo en Latinoamérica el monólogo interior sobre política y realidad nacional mientras el personaje se busca pelusitas en el ombiligo. (Amilcar Romero)

—o0o—

A Sábado, en el fondo, se lo quiere. (Arnoldo Liberman)

RIAS

Ya que no podemos cambiar el país, cambiemos de conversación.

James Joyce

EL IDIOMA DE LOS ARGENTINOS

Estaba yo a la sazón friendo guisantes en el infiernillo, cuando de pronto llegaron los niños del tio vivo gritando:

—¡Oye, ma!, hay una corneja posada en el seto.

Yo miré por los visillos en dirección al carro que estaba aparcado junto al seto, pero no vi ningún pajarillo. Y cuando me di vuelta, los rapazuelos huían a la disparada con un puñado de guisantes en el bolsillo de sus overoles.

(Copyright by "Selecciones del Reader's Digest")

Nissa Torrents

y ver el mundo. Arlt, Silvio, proponen la acción como una medida de salvación, pero las acciones, incluso las más bajas, la cerilla al mendigo, el suicidio, el incendio, fallan siempre ya que la sociedad les condena al inmovilismo del que cualquier acción sería un elemento liberador. Para héroes, Silvio escoge a hombres de acción que contrastan con su vida quieta, Fabio escogió a un hombre todo sombra, quietud y silencio que contrastaba también con la suya, toda acción. Los bandidos que ama sin bandidos generosos, ya que como hemos visto, la ganancia es anátoma, pero lo que es muy interesante, son bandidos europeos, no gauchos más o menos materos. Ni Martín Fierro, ni Juan Moreira aparecen en el mundo de Silvio que mira hacia Europa, hacia los barcos que parten en una extraña reversión de la proposición inicial de la conquista. Europa es ahora la aventura, el nuevo mundo, la posibilidad de una vida mejor. Los sueños de Silvio son extranjeros. Hijo de emigrantes, su nueva tierra no le ha incorporado, quizás porque le ha rechazado, quizás porque todavía carece de la identidad suficiente. ca-



rencia que el éxito inesperado de Don Segundo Sombra parece confirmar. Buenos Aires, desde Rosas, ha estado dominada por los estancieros, que no han logrado darle una identidad cultural con la que pueden identificarse los recién venidos. Simplemente la oligarquía se retira más y más, incluso físicamente en barrios, y sus apólogos, entre ellos Mallea, empiezan a hablar de dos países, uno visible que extrañamente tiende a identificarse con los emigrantes de antiguo o reciente cuño y otro invisible, agrario y criollo que marginaliza completamente a los Silvio Astiers.

Silvio vive en Buenos Aires, en sus suburbios y habla su lenguaje, un lunfardo mezclado con el lenguaje de las malas traducciones de Ponson du Terrail pero su identificación con el país y con sus bases, pretendidas o reales, es, al contrario del caso de Fabio, inexistente. Lo paradójico es que Silvio que se siente desarraigado, o más correctamente que ni se presenta el problema de su nacionalidad es más representativo de la Argentina de su tiempo, urbana, emigrante, obrera y lumpien, que el arquetipo puro, criollo y agrario que fabricó Guraldes.

UNA ACLARACION

"Agradezco la gentileza de "El Escarabajo de Oro" por incluirme entre sus miembros redactores pero al no haber sido consultado nunca sobre ello, ni haber colaborado una sola vez, ni estar identificado con los conceptos que sostiene dicha revista, no me resta otra actitud que aclarar que nada tengo que ver con "El Escarabajo de Oro", lo mismo que con el libro "Claves Políticas". Lamento que mi nombre haya sido usado para iniciar tan extraña conferencia".

LINCOLN SILVA, diario "La Opinión", 11, XII, 71.

1) Lincoln Silva no tiene nada que agradecer. Nunca perteneció ni remotamente a El Escarabajo de Oro. Ni hemos tenido la gentileza de incluirlo en lugar alguno de la revista (ver El Escarabajo de Oro, número 1 al 44), ni, en efecto, hemos publicado nunca una palabra suya en estas páginas. ¿Qué necesidad había de recalcar esa invisibilidad tipográfica? ¿Y por qué desde La Opinión, pudiendo exigarnos (personalmente, por ejemplo) que nuestra propia revista pusiera las cosas en claro, si es que había algo que aclarar? La introducción al libro Ernesto Sábato: Claves políticas, por lo demás, dice textualmente que ese reportaje —en el que por supuesto intervino Silva, a menos que sea uno de los Hermanos Corsos— es "una confrontación entre Sábato y seis escritores de las últimas promociones" (pág. 9), y más abajo "quisimos que de algún modo estuviera representada la generación que tiene cosas que preguntarle a Sábato, que tiene derecho a exigirle definiciones". Pero ni allí ni en parte alguna se murmura siquiera que el señor Silva sea redactor de El Escarabajo de Oro. En cambio, nos dimos a la minuciosidad de dejar bien aclarado, en el texto mismo del reportaje, qué preguntas pertenecían a El Escarabajo de Oro en tanto revista, y cuáles, personalmente, a cada participante. Pero, muy bien. Para no maliciar que Lincoln Silva actúa de mala fe, conjeturamos, por ahora, que es meramente estúpido. Su confusión mental, en ese caso, provendría del párrafo que comienza: "Intervinieron, por parte de 'El Escarabajo de Oro', Lincoln Silva, paraguayo...", etc. Sin embargo, suponiendo que el giro "por parte de" no fuera bastante habitual, al menos en la Argentina, suponiendo, por ejemplo, que en guaraní significara "por el Consejo de Redacción", Lincoln Silva debería haber notado que en ese mismo párrafo incluíamos (también "de este lado", o sea del de acá, o sea contra Sábato) al poeta Isidoro Blaustein, quien (desdichadamente para nosotros) tampoco pertenece a la revista, y, por si fuera poco, incluíamos a Matilde de Sábato, que más bien pertenece a Sábato, no a nosotros, según lo trasiuce su apellido de casada. Y también dejamos muy aclarado en ese libro, y por dos veces (págs. 6 y 10) que su publicación, así como la compilación de los materiales, fue responsabilidad exclusiva de la redacción de El Escarabajo de Oro, redacción en la que Lincoln Silva, vaya a saber por qué, soñó haber sido incluido; delirio del que podrá curarse con sólo (lo repetimos) fijarse en nuestro "staff", desde el número 1 hasta el 44. Reconocemos, eso sí, que, excepción hecha justamente de Lincoln Silva, ya no debe quedar casi escritor joven que alguna vez no haya figurado en nuestra revista o publicado en ella, o, aunque más no sea, pignorado algunos ejemplares en beneficio propio. Pero debemos confesar que nada de esto le ha sucedido jamás a nuestro casi inexplorado antagonista paraguayo. En tal sentido, la presencia de Lincoln Silva en nuestras páginas está totalmente llena de nada. Y es una picardía que justo la primera vez que le hacemos justicia, vale decir hoy, sea para aceptar su renuncia a tal Vacío de Responsable, o Ausencia de Redactor.

2) Lincoln Silva conocía perfectamente las razones de esa "tan extraña conferencia". O si no, cómo explica haberse costeado con El Escarabajo de Oro hasta la casa de Sábato en Santos Lugares. ¿Y a qué fue? O a qué atribuyó el grabador, las libretitas de apuntes, la casi maníaca proclividad de esa reunión a preguntarle cosas a Sábato durante algo así como 6 horas, ¿qué imaginó que estaba ocurriendo cuando Sábato decía "publiquen esto", etc.? ¿Y a qué atribuye Lincoln Silva sus propias preguntas? En cuanto a su gemido de La Opinión: "Lamento que mi nombre haya sido usado para iniciar tan extraña conferencia", vamos a consolarlo: a) su nombre no fue usado para llenarnos de prestigio, b) no fue usado para convertir Claves Políticas en un best-seller, c) en realidad, casi ni fue usado. Aparece más o menos 3 veces en todo el libro e inicia esa "extraña conferencia" sencillamente porque la primera pregunta la hizo Lincoln Silva, como consta en la cinta grabada y lo pueden atestiguar las ocho personas que contaron con su inapreciable compañía. Ya que no le gusta ver impreso lo que articula, podría haber recurrido a los siguientes trámites: a) callarse la boca, b) apagar el grabador cada vez que intervenía, c) decirnos, por lo bajo, "muchachos, que esto no trascienda", d) y sobre todo no ir a Santos Lugares y sobre todo no portar para que se lo lleve, como lo certifica el director de El Escarabajo de Oro, a quien el señor Silva le encareció de lo esperase porque quería ir a buscar su novela ya que anhelaba regalársela, dedicada, a Sábato. Cosa que hizo.

3) En cuanto a su policial declaración de que no se identifica con las ideas que sostiene El Escarabajo de Oro, como hasta el presente resulta más bien imposible conocer las suyas propias ya que la imprenta y los mass media communications en general no han difundido aun su Weltanschauung, pero como sí es posible, en cambio, conocer la ideología de El Escarabajo de Oro, deploramos que Lincoln Silva se proclame, tan pública y espontáneamente, escritor de derecha.

EL ESCARABAJO DE ORO

HORACIO SALAS

condicionantes

Según lo han demostrado textos
cuya ciencia es notoria
cualquier suceso mínimo
ocurrido durante la concepción
puede ser el culpable de una larga tristeza
de una interminable cadena de desventuras
desarrollada a lo ancho de más de treinta años
a un susto durante el embarazo un choque por
ejemplo

se debe en cambio
cierta forma de andar las oficinas
de hablarle a las mujeres
o esa tendencia a la soledad
que impide como se sabe una comunicación
profunda

y lo que es más grave
los felices altibajos del amor
un disgusto durante el cuarto mes
es responsable en cambio de las indicaciones
verbales del horóscopo
de una manera casi grotesca de mezclar las
palabras
y también por qué no de las contradicciones
del azar

la cosa se complica aún más
cuando los tropiezos sobrevienen en el mo-
mento del parto
eso puede ser responsable de posteriores fra-
casos laborales
o de la dentadura endeble de los hijos
los recuerdos de aquel lejano primer día de
clase

también han de incidir desfavorablemente
para que esa muchacha
que está sentada junto a uno en el subte
se niegue tan siquiera a mirarnos
los celos infantiles en especial por un hermano
son la causa indudable del temor a la muerte
del dolor en la espalda
de una ligera curvatura en la columna
que según las maestras debe mantenerse er-
guida

para crecer sano fuerte y protegido
la obstinación del Padre
ah la obstinación del padre

CUBA

Un barco verde y solitario
navega audaz en aguas imperiales.
Cerca, muy cerca de tu mapa
vigila el águila de los mares
con un misil nuclear en cada garra.
Pero el barco avanza seguro de su
(oficio,
entre un rumor de planes y de caña.

osmar zabala

influye tal como muestra la estadística
para que un hombre se comporte de manera
violenta

y a cascotazos desmante policías
y aquel descuido de los abuelos
al dejarla jugar en el jardín con los gusanos
e indagar el interior de las muñecas
ha sido el origen en el fondo
de sus angustias orales
y hasta de su terror
cuando una noche la crucificaron
encapuchada y desnuda
en una mesa durante varias horas
hasta los gritos tienen algo que ver
con el lejano otoño en que murió la abuela

Todo esto se sabe
puede aprenderse fácilmente
después de algunos años
de monologar en los divanes
de alguna sacudida por la espalda
cuando removemos el pasado
de soportar el propio rostro entre las sombras
los que llegan a entenderlo
dicen
son felices.

**liliana
heker**
cuento

la
llave

Ella entró a la casa (la puerta de calle estaba abierta, como siempre), encendió la luz y comenzó a subir las escaleras. Venía pensando que lo que necesitaba era dormir (ella iba a meterse en la cama e iba a dormir por lo menos quinientos años). También venía pensando qué cosa bárbara era tener un departamento. Pero eso lo pensaba todas las noches desde hacía cinco meses: desde que había dejado la pensión. Eran las cuatro menos veinte de la madrugada.

Acabó de subir los dos pisos. Abrió la cartera para sacar la llave: No la encontró.

Ella estaba a punto de preocuparse pero entonces volvió a recordar que esa mañana se había despertado pensando **magnolia azul** (a veces le pasaba: frases que se le venían de golpe, como pantallazos, el caballo se me va de las venas, zapatito platónico, magnolia azul) y haberse despertado así era un buen augurio porque es sabido (ella sabía) que cuando un día empieza bien sigue bien hasta el final, seguro, como la vez que la había despertado el llo ése con la policía; ella se mataba de risa, ésta es una casa decente que se creen chillaba la dueña de la pensión, y esa misma noche, en el café del Carmen, ella lo conoció a Nacho y él le escribió el poema,

*muchacha de los ojos azules como
[el tiempo
¿qué pájaros?, ¿qué hm-hm te fue-
ron a buscar?
Tarira tararira tararira y
[tremendo
hoy declino mi noche por tu pelo
[solar*

Además, con lo llena de monedas que tenía ella la cartera, era más bien natural que no encontrara la llave enseguida, ¿no?; la noche anterior ya le había pasado, y la otra también; desde que había roto la alcancía le venía pasando. Era natural.

Ella empezó a revolver las monedas: las tomaba a puñados y las iba dejando caer de a pocas, fijándose bien. Una escena bastante triste, en realidad: la alcancía había hecho cranch y los fragmentos rodaron por el

piso y se mezclaron con las monedas; lo de ahora bien podía ser un castigo. No. ¿Acaso ella hubiera roto la alcancía de haber encontrado otra solución? Por supuesto que no, con el trabajo que le había costado que Nacho se la regalara. Seguro que la llave estaba abajo de todo, siempre ocurría. Revolvió bien. Que era estúpido, decía él al principio, que en los últimos tiempos ella no tenía más que caprichos estúpidos, muñequitos y alcancías y todas esas pavaditas. Y que estaba harto. Pero al final, bien que ella lo había convencido. Encendió la luz y se sentó en la escalera. Se rió: era tan increíble que ella siempre supiera lo que hay que hacer para conmoverlo a Nacho. Hablarle de ella y de su hermana Ursula cuando eran chicas, y de su madre, tan belga y alta y verdulera si él la viera; algún día la iba a conocer: irían los dos a Nueve de Julio, ¿ves?, éste es él: él estudia medicina y hace versos. No bárbara, escritor, decía él. Escritor, decía ella. Y que cuando ella y Ursula estaban aburridas nada de juguetes, ah no: su mamá sacudía el dedo belga y las ponía a las dos a pelar arvejas. En la parte de las arvejas él siempre se reía. Esa vez le había tocado el pelo: mi pobre y patética muchachita, había dicho. Y le compró la alcancía.

Ella dejó de revolver las monedas, así nunca iba a encontrar la llave. Se levantó y encendió la luz. La prolijidad ante todo, hija mía. Perejil tapioca. Volvió a sentarse en la escalera y empezó a sacar las monedas una por una y a acomodarlas en prolijas pilitas. Nada del otro mundo, por lo menos las primeras: puras monedas de un peso, para el alquiler más bien no le iba a alcanzar, ¿verdad? EL, muy patético, muy golpearse la frente con los puños hacía dos meses pero, ¿acaso no se daba cuenta él que ella no podía seguir pagando el departamento, sola? Naturalmente él se daba cuenta pero qué iba a hacer, ¿acaso lo que estaba muerto podía resucitarse por el alquiler de un departamento? Ella no sabía si podía resucitarse ni

LILIANA HEKER. — Alrededor de los 15 años, cuando empezaba (según los sociólogos) significativa Década del 60 (como si la Historia viniera en prolijos almácligos de a diez años), llegó a "El Grillo de Papel", revista de la que fue una cruz de mascota y Secretaria de Redacción. También llegó la policía de Frondizi y debimos fundar "El escarabajo de Oro", revista (de tiraje nada paupérrimo, pese a la tan querida por nosotros opinión de "Primera Plana") que actualmente co-dirige. Estudió Ciencias Exactas, escribió, a los 23 años, el libro de cuentos "Los que vieron la Zarza". Mención Única de Casa de las Américas y Faja de Honor de la SADE, que se agotó a los dos meses de editado y hoy es inhallable. Aunque vive y aun no ha cumplido 70 años, diversas antologías ("Amor 9 Veces", "Variaciones sobre un tema de Dürero", "El amor: el hombre", "Antología consultada del Cuento Argentino") recogen sus mejores relatos. Desde hace dos números viene publicando el ensayo LA LITERATURA COMO PODER (ver Escarabajo Nos. 42 y 43), cuya tercera y última parte vamos a postergar hasta el próximo número para darle espacio a este cuento. "La llave" pertenece a su libro inédito "Las peras del Mal", de próxima aparición.

qué diablos era lo que estaba muerto, ella sólo sabía que a la pensión no quería volver: él seguramente recordaría que ella odiaba la pensión. Claro que él recordaba; ¿acaso cuando ella le habló del departamento, no le había dicho él mismo que lo alquilara sin problemas, que él iba a pagar la mitad? Ella sacó una moneda de cinco centavos: suerte. La próxima era la llave. No era la llave. Pero él le había dicho también, si es que ella no recordaba mal, que únicamente por ahora viviría sola en el departamento, que dentro de poco, cuando él acabara de resolver una serie de conflictos internos (no, sin ánimo de ofenderla él tenía que decirle que ella nunca podría entender qué conflictos), él se vendría a vivir con ella; y que se casarían. Sí, cierto que él lo había dicho, y él lo pensaba realmente cuando lo dijo; ¿qué se creía ella?: ¿que él era un farsante?; ¿acaso no había aprendido a conocerlo en todos estos años? (La luz se apagó pero ella estaba un poco aburrída de encenderla cada vez, total la llave se iba a notar lo mismo en la oscuridad.) Sólo que después él había pensado y pensado. Oh, en ella naturalmente, y en él mismo, y en todos estos años, ella ni se imaginaba cuánto se sufre pensando así, le había dolido el alma de tan al fondo que había llegado, podía creerlo ella, y había cosas que. Ella nunca podría entenderlo. Ciertamente, ella quizá nunca podría entenderlo, ella reconocía que era un poco estúpida (sacó una moneda que debía ser de diez pesos; ya quedaban pocas), ella sólo se acordaba del primer día que entraron al departamento; ¿se acordaba él de lo felices que habían sido esa vez?; meses,

años que no habían sido tan felices, hasta una botella de champagne habían comprado, ¿se acordaba él? Sí, él se acordaba: del champagne y de los saltos de alegría que ella había dado y de tantas cosas, oh, ella ni se imaginaba como él la había amado; él sufría tanto al decirle esto, ¿ella no se daba cuenta? ¿no tenía sensibilidad ella? El hundía la cabeza entre las manos y sufría horrores pero, ¿acaso lo que estaba muerto podía resucitarse por el alquiler de un departamento?

Ella acomodó la última moneda sobre la última pilita. Se levantó y encendió la luz. Volvió a mirar dentro de la cartera; sacó un boleto ajado: si era capicúa iba a encontrar la llave. 38383. Indudablemente, todas las cosas le salían redondas hoy: iba a encontrar la llave. Pero dónde. Volvió a fijarse. No: la cartera ya estaba descartada; los bolsillos también. Trató de hacer memoria; sí, estaba segura: la llave no había quedado adentro. Lo recordaba muy bien porque esa mañana, al salir, había tenido que hacer mil malabarismos con el frasquito en una mano y las planillas en la otra, para cerrar la puerta con llave sin que se le cayera el frasquito. Y en el ómnibus tampoco la había perdido porque no abrió la cartera: los 25 pesos los había preparado antes de salir, cosa de no tener los después, con el frasquito. Una risa. Ella recordó que había pensado que era una risa. Para que lo cuidaba tanto si al final no había nifito adentro. Oh, naturalmente ella no había creído que las cosas iban a terminar en un frasquito hacía un mes, si no, no iba a ser tan tonta de llamarlo a Nacho y decirle que lo tenía que ver urgente. Parecía tan fácil; él había venido al café y todo. Ella estaba segura de que las cosas se iban a arreglar en seguida, en cuanto él le mirara los ojos, ¿se daba cuenta Nacho qué contratiempo justo ahora?

No, no podía ser.

Sí, ella estaba segura que sí. Y él estaba seguro que no.

Ella juró que no mentía. Sintió que en esa parte él la iba a mirar, muchacha de los. Con tus mismos ojos azules, había dicho él una tarde, se rió, y con mi genio claro. El le iba a escribir poemas como; ella ya no se acordaba como quién. Ahora otra vez lo iba a decir. La miraba a los ojos y lo decía. ¿Acaso lo que estaba muerto no podía resucitarse?

Pero él había seguido mirándose las uñas con su cara de siempre y sólo dijo que mejor discutir menos y asegurarse más: lo antes posible. Que cuanto más tiempo la cosa se pone más delicada, él no tenía que recordárselo justamente a ella, ¿no? No, ella se acordaba bas-

tante bien, sí a él le parecía; pero también se acordaba de que mejor esperar un poco, lo había leído en una revista: No se desilusione aún, señora: ¿no sucederá que su análisis es prematuro?; él había sonreído con un costado de la boca. Ella miró una vez más, y cerró definitivamente la cartera.

Suerte que era de las que se tuercen pero nunca se rompen y la noche misma del café, no más se dio cuenta de que Nacho nunca le iba a creer, se le ocurrió lo de Nuñez. Sorpresa que se había llevado el gordito, jefecito lindo, miau miau. Tres años seguidos mirándole las piernas. Y peor desde que supo lo de Nacho, así que se peleó con su novio, grandísimo cerdo, no lo podía creer. Ella al principio tampoco, la verdad. Pero la cuestión era recordar dónde había dejado la llave, no llorar sobre la leche derramada, puaj, y además (ella tenía que reconocerlo) después de la primera noche la cosa estaba resultando más fácil. Naranjos. La clave era pensar en algo. Un jardín con margaritas. Y naranjos, no sabía por qué, muchos naranjos. Una vez, ella vestida de tirolesa, con trenzas; otra vez la raptaban los bandidos: al final venía Nacho, que robó un auto, y la salvaba. Dos veces, entero, el cuento de Hansel y Gretel. O recitar poemas. Muy cerca de mi ocaso yo te bendigo, vida, porque nunca me diste ni esperanza fallida. Y todo para que si el cerdito se cuidaba. Niños non. Seguro que la llave había quedado en el hotel, cuando se cayeron las monedas. Ahora recordaba perfectamente pero no. No era eso, no. Era cómo se las arreglaba para sacárselo de encima. Cada día más pegajoso. Ella se rió: mañana se presentaba en su despacho, Señor Nuñez (decía), tengo que comunicarle que nuestro romance ha terminado: ya entregué el frasquito. Ja ja, entonces él le contestaba con mucha cortesía: Bien señorita, queda despedida. Lo único que le faltaba a ella. No, la llave no podía haber quedado en el hotel; Nuñez la hubiera visto, era tan prolijo.

Ella decidió que había que proceder con orden. Dentro del departamento ya se había visto que no, y el ómnibus también estaba descartado. Cuando bajó tampoco: Nacho la estaba esperando. Ella lo había conocido desde lejos, parado en la esquina, y se preguntaba para qué diablos había insistido tanto en acompañarla, eran tan sádicos los hombres. Después habían caminado por Florida hasta la Franco y ahí tampoco había podido perder la llave. A ella le daba una risa bárbara, se acordó: ir con él y con el frasquito. La familia tipo, había pensado; no, faltaba el otro, el primogénito. Se lo dijo a Nacho pero a él no

pareció hacerle mucha gracia. Después del frasquito habían entrado a un café pero ahí no había abierto la cartera porque pagó Nacho. Sí, la había abierto para sacar el pañuelo. Lagrimitas no, había dicho Nacho y dejó la plata sobre la mesa y se fue. Pero el pañuelo es una cosa blanda y ella hubiera oído el ruido de la llave, al caer.

Después venía la oficina. ¿Se había peinado ella en la oficina? Naturalmente se había peinado. ¿Se había arreglado la cara? Se la había arreglado. Pero monedas no sacó, de eso estaba segura porque almorzar más bien hacía días que no, en fin, estar flaca le quedaba precioso, había dicho Luis, le daba un aire de heroína. Había tomado café, eso sí, pero pagó Luis, él también estaba de lo más caballero desde que supo lo de Nacho. Todos la amaban a ella, qué maravilla. Así que hasta que salió de la oficina, a las siete y media, no había perdido la llave.

¿Qué había hecho ella cuando salió de la oficina? Bárbaro, esto ya parecía una novela policial. Señor Fiscal (¿o era señor Abogado Defensor?), señor Fiscal: ¿qué hizo la acusada cuando salió de la oficina?

—Fue al correo a mandar una carta a su madre.

—¿Le escribía la acusada con frecuencia?

—En los últimos tiempos, sí.

—¿Por qué, señor Fiscal?

La acusada no lo sabía en realidad porque plata la madre no le mandaba y lo único que hacía era felicitarla por su decisión tan inteligente de dejarlo al Nacho ése, que los artistas, a la madre, nunca le habían gustado y algo mejor se merecía su hija, pero de plata ni una palabra y pedírsela directamente ella sabía que era imposible porque entonces la madre le iba a escribir que volviera, qué humillación para ella, después de seis años volver agachando la cabeza y aguantar sus aires de belga venida a menos que ahora le da de comer a las gallinas pero antes. Era lindo, sí, darles de comer. Pero limpiar el gallinero no era nada lindo, no. Para eso era preferible volver a la pensión. La pensión es hermosa, Buenos Aires es hermosa y no pienso volver nunca más. No. Al fin de cuentas cuando dejara el departamento no tenía por qué volver a la misma pensión y siempre era mejor que las gallinas. Menos mal que a su madre ni se le ocurría decirle que volviera, pura felicitación y nada más. Así que en el correo no había perdido la llave porque si bien había hecho la cola para el franqueo, estampillas no llegó a comprar. De puro contenta (se acordó) había roto la carta en pedacitos y habla caminado como mil cuadras sin darse cuen-

Ililiana heker

ta. No, si se había dado cuenta; pero recién en Parque Centenario porque miró el reloj y ya era casi la hora de ir a Paternal a encontrarse con Nuñez, los lugares que se le ocurrían a este caballero para sus citas de amor, se acordó que había pensado, no lo vaya a pescar la señora miao, y entonces decidió seguir caminando, que veinticinco pesos son veinticinco pesos y el ahorro, hija mía, es la base de la fortuna. Y era una risa porque antes de entrar al café de Paternal justo pasaba un tren y ella volvió a pensar fortuna, ya que los trenes, a ella, siempre le traían suerte, desde chica: a ver si ahora entraba y se encontraba una fortuna. Se fijó bien pero no, y para colmo (eso lo había pensado después) ella tenía que. ¡Claro! Cómo no se le había ocurrido antes. La llave la había dejado en el café. Ahora lo recordaba perfectamente porque antes de que se fueran, Nuñez, que no tenía cambio para la propina, había dicho a ver vos que tenés tantas moneditas. Entonces ella había sacado diez monedas de un peso y había pensado para colmo esto, casi la mitad de un viaje en ómnibus. Viejo estúpido, para qué había tenido ella que contarle lo de la alcancía. No, lo de la alcancía se lo había contado después, en el hotel. Y ahora si estaba segura: no había sido en el café; había sido en el hotel donde ella perdió la llave. Porque al ratito nomás que entraron Nuñez había levantado la cartera y había dicho qué pesada, entonces ella le contó la historia de la alcancía. Desde el principio, desde la primera vez que la vio en la vidriera, todo por distraerlo un poco, que con sus lindos inventos de las últimas veces para hacerle perder la cabeza, él se estaba volviendo cada noche más audaz, a ver si justo ahora se descuidaba, ahora que el frasquito ya estaba bien guardado en la Franco Inglesa y lo que pase de ahora en adelante señora, había dicho Nacho (medio en broma claro), eso corre por su cuenta y riesgo. Lindo, sí, un nene parecido a Nuñez, peladito y barrigón; ella decidió que lo iba a ahorcar apenas naciera y dijo que entonces, cuando no le quedaba más plata, se había armado de coraje y rompió la alcancía. Nuñez se había reído, alcancía, qué gracioso, había abierto la cartera y revolvió adentro, muerto de risa, la daba vuelta y ella gritaba no, las moneditas no, pero las moneditas igual rodaron por el suelo, y por debajo de la cama,

y los dos a gatas, con lo feo que quedaba Nuñez a gatas, magnolia azafranada había pensado ella y se acordó que esa mañana se había despertado pensando magnolia azul, eso estaba mal, se había dicho, era como si las cosas se estuvieran volviendo menos lindas y no podía ser, magnolia verde, pensó, magnolia roja, pero nada sonaba tan alegre como magnolia azul. Magnolia azul, azul. Y él que seguía gateando para que no se perdiera ninguna, viejo tacaño, pero la llave seguro que no la vio.

Ella volvió a encender la luz del pasillo y se fijó la hora: eran las cuatro y veinticinco. Volvió a sentarse. Y bien, ¿qué iba a hacer ahora que ya sabía con seguridad dónde estaba la llave? Naturalmente no se iba a quedar toda la vida ahí, esperando que la puerta se abriera sola. Sésamo, ábrete. Ella miró la puerta y se rió. Por supuesto; ella no era tan tonta como para creer en esas fantasías. Se puso de pie: acababa de tomar una decisión. Al toro había que agarrarlo por las astas. Después de todo era divertido. Mi madre, ¿cuántas en el mundo se podían dar el lujo de golpear solas, a esa hora de la madrugada, en la puerta de un hotel?

Ella bajó los dos pisos, atravesó el pasillo y salió a la calle. Ni un alma. Pensó que cómico si Nacho la pudiera ver, él que era tan celoso: después de las diez, ni la nariz afuera. Oyó pasos y se dio vuelta. No era Nacho. Claro. Corrió las dos cuerdas hasta el poste. No, no tenía miedo, la cosa era pensar en algo. Don pepito el verdulero, recitó: estaba un poco agitada, por la corrida. Don pepito el verdulero se metió dentro un sombrero; el sombrero era de paja, se metió dentro una caja; la caja era de cartón, ahí veía el omnibus menos mal, se metió dentro un cajón; el cajón era de pino, se metió dentro un pepino; el pepino maduro, ella había subido, y pepito se salvó.

Pagó el boleto y se sentó. Los otros pasajeros eran un borracho y un viejo, ¿a dónde podía ir un viejo a estas horas? A lo mejor se le había muerto alguien. Una nieta. El viejo la miraba a ella que tenía la misma edad de su querida nietecita y era tan rubia, así de rubia era ella: al viejo le caían gruesas lágrimas; después, antes de bajar, le regalaba diez mil pesos. No. El viejo seguía dando cabezadas; estaba dormido ahora. Ella también tenía sueño, acababa de darse cuenta. Subió otro hombre, cara de noctámbulo, vida insalubre. Qué plato, ¿no?, si cuando llegaba al hotel y veía la cama se quedaba dormida. Después, a la mañana, no la dejaban salir: No, señorita: de aquí no puede salir si no es acompañada. Pero señor, si yo vine sola.

No importa: igual no puede salir: el reglamento es el reglamento. Vea una como se podía solucionar el problema de la vivienda. Era acá. Adiós, hombres solitarios, adiós; se va la hermosa rubiecita que les alegró el viaje. Ella bajó.

Corrió hasta el hotel y golpeó la puerta. El hombre tardó bastante: tenía cara de dormido.

—Que quiere —dijo.

—Busco una llave.

El hombre se frotó los ojos; no entendía. Ella le contó toda la historia. Había estado hoy ahí, como a las doce, ¿no se acordaba él? con una persona mayor, de portafolios. Eso sin duda le daba un tono de seriedad al asunto.

El hombre volvió a frotarse los ojos.

—¿En qué habitación? —dijo.

Ella no sabía explicarle en que habitación pero si la dejaba entrar seguro que la encontraría.

—Entre —dijo el hombre.

Ella atravesó el vestíbulo y los corredores, con el hombre atrás. No era tan sencillo: todas las puertas se parecían. Esta. Ella señaló una habitación, con el dedo. El hombre abrió, estaba desocupada, menos mal.

Ella revisó los muebles y después el piso. El hombre también revisó. Una risa, al final ella se pasaba la vida gateando con hombres, lindos vicios tenía, eh. Pero la llave no estaba.

Ella salió. Ahora solo le quedaba el café. El primer pálpito era el que vale y ya que se estaba en el baile se bailaba, ¿no? Tres cuerdas, no era para tanto, una noche bien emocionante al fin de cuentas. Para recordarla cuando una era vieja y contársela a los nietos. Ah, sí. Lindas historias les iba a contar ella a los nietos, así le iban a salir. No. La historia de Blancanieves. A los nietos la historia de Blancanieves, como la abuela de ella. La abuela sí que no había sido como la madre, se reía tanto. Ella y Ursula se le sentaban en las rodillas. Ursula no, ella, aunque era la más grande. Por lo rubia. Esta me gusta más porque es tan rubia, cara de ángel, mirala. Sí, cara de ángel, su madre hacía un ruido con la nariz; pero es una vanidosa, ya vas a ver, ésta, cuando sea grande, se va a quedar sentada esperando al Príncipe Azul.

Ella oyó el pitido de un tren. Ya estaba cerca, se puso contenta. Cuando eran chicas, ella y Ursula siempre querían vivir cerca de las vías así oían el pitido, a la noche. Y la casa mía va a ser grande y va a tener un jardín con flores, decía Ursula. Y la mía con jardín y con flores, decía ella, y además las paredes van a ser ventanas, todas de cristal, y yo voy a ver los narajos y las luces del tren desde las ventanas y no voy a te-

ner miedo porque voy a dormir con mi marido. Y mi marido va a ser alto, decía Ursula, y pianista. Y mi marido más alto todavía, y rubio como yo pero con la piel tostada porque va a ser marino; y los ojos verdes. Y yo voy a tener tres hijos, decía Ursula, dos varones y una nena. Y yo voy a tener cuatro hijos, todos varones así yo soy la única chica de la casa y todos me quieren a mí más que a nadie.

Era allí; por suerte estaba abierto. Ella hubiera jurado que los bares como ése siempre estaban abiertos. El hombre del mostrador le sonrió; no era una sonrisa muy linda pero al menos daba la impresión de que el hombre la reconocía, la cosa pintaba bien. Bien. Ahora que todo parecía marchar viento en popa era el momento de preguntar por la llave. ¿Había encontrado el señor una llave? No, el señor no había encontrado ninguna llave pero si ella quería quedarse un rato, ¿eh, chiquita? Oh, qué valiosa era ella, Dios mío; todos la solicitaban. El hombre volvió a sonreír. ¿Qué hacía ella a estas horas, solita?

—Buscaba una llave.

Ella salió. Vio una casa con las luces encendidas, unos pasos más allá: era una panadería. A estas horas debían estar horneando el pan. A veces, ella y Ursula se despertaban a la noche y pensaban que lo más lindo del mundo debía ser estar comiendo pan caliente recién salido del horno, y tenían tantas ganas que de solo pensarlo se volvían locas. A ella le quedaban muchas monedas todavía. Podía golpear la puerta de la panadería y comprar una bolsa llena de panes calientes y comérselos todos mientras veía pasar los trenes hasta que fuera de día.

Pero cuando llegó a la puerta e iba a golpear se dio cuenta que no, que era muy raro pero no tenía ganas de comer pan. No tenía nada de ganas. Culo negro, pensó. Y siguió caminando. Y de pronto fue muy cómico porque ella volvió a recordar que esa mañana se había despertado pensando magnolia azul y había una idea, o una historia, algo que le andaba dando vueltas en la cabeza y que debía ser muy cómico. Trató de volver atrás y acordarse. Y se acordó. Y eso le dio mucha risa porque la historia era un chiste que Nacho le había contado donde a un hombre le tienen que tomar la fiebre y por hacerle una broma, en vez del termómetro le ponen una magnolia. Justo una magnolia y justo en ese lugar. Era tan rara la vida; como si todo se cerrara. La realidad era como círculos, sí.

Cruzó la calle. Ya no tenía a dónde ir a buscar la llave. Oyó el pitido del tren y vio que la barrera estaba bajando. Creo que voy a matarme, pensó.

PABLO NERUDA

en la
BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORANEA
de la EDITORIAL LOSADA

- Veinte poemas de amor y una canción desesperada (tomo 28)
- Canto general (tomos 86 y 87)
- Nuevas odas elementales (tomo 230)
- Los versos del capitán (tomo 250)
- El habitante y su esperanza. El hõndero entusiasta. Tentativa del hombre infinito. Anillos (tomo 271)
- Residencia en la tierra (tomo 275)
- Tercera residencia (tomo 277)
- Odas elementales (tomo 280)
- Crepusculario (tomo 297)
- Cien sonetos de amor (tomo 305)
- Estravagario (tomo 355)
- Plenos poderes (tomo 371)
- La barcarola (tomo 372)
- Antología esencial (preparada por Hernán Loyola; tomo 373)
- Las manos del día (tomo 374)
- Navigaciones y regresos (tomo 375)
- Las piedras del cielo (tomo 376)
- Todo el amor (tomo 377)
- Tercer libro de las odas (tomo 378)



EDITORIAL LOSADA — Alsina 1131 — Buenos Aires
Montevideo — Santiago de Chile — Lima — Bogotá

EDITORIAL UNIVERSITARIA  DE CHILE

en marzo:

abelardo castillo
LOS MUNDOS REALES



colección letras de américa



— la otra —

MUERTE DE TARZAN

Tarzan, mito contemporáneo ha muerto consecutivamente. No se sabe si en el pináculo de los "monarcas del bosque" o en la Cámara de los Lores. Cadáver desnudo o de frac, poco importa: su descomposición señala el fin de una civilización y el comienzo de una sociedad racionalizada y mercantil, proclamando a un tiempo la inalterabilidad de otro mito, el de Sísifo. De su primera muerte poco me importa decir: es muerte de todos los días, muerte en las calles. Los grandes intereses, los sofismas de la producción, la prostitución delicada y sistemática de los oficios del hombre, escapan a mi interés y sagacidad. Para eso están los concretos artifi-

ces de la abstracción. Sólo apuntaré, casi con pudor, la relación directa establecida entre la degradación persistente del legendario John Clayton y las complicidades denunciadas por Lacassin, mediante las cuales el mal gusto, la estupidez, la ignorancia, la avidez, el scoutismo y la prevaricación, han mutilado, falsificado y envilecido una de las más poderosas sagas de nuestra época.

Detrás de los epítetos mencionados desde todo punto de vista ejemplares, agazapan sus bultos los encumbrados absolutos del comercio. La imagen-industria a dado concretez apócrifa (y desvirtuado) la médula de la leyenda. Es más conocido Weismüller (y en menor grado la serie

CARLOS CATANIA

Carlos Catania vive, desde hace años, en Costa Rica. Nació y estudió en la Argentina, en Rosario. Pertenece, por su edad, a la llamada Generación del 60, aunque no le conocamos obra publicada. De lo que hemos leído (sus cartas, un vasto y muy apasionadamente personal ensa-cruel y dolorida muerte de Tar-crul y dolorida muerte de Tar-zán), deducimos que es un ensayista con pasta de inventor de ficciones, lo menos parecido a un ensayista convencional. La Otra Muerte, fue escrito especialmente para EL ESCARABAJO DE ORO.

que va de Gene Pollard a Gordon Scott, pasando por Herman Brix) que el verdadero Tarzan, aquél que saliera de la pluma delirante de Edgar Rice Burroughs. El hombre-mono, mono-blanco, el original, Lord Greystoke, asceta, salvaje, bello, valiente, justo, autodidacta, rey, representante del ingenio humano ante la barbarie de la selva, conquistador asimilado a la tierra de conquista, vencedor indiscutible de Kerchak, hijo adoptivo de Kala, ya no existe. Hoy, el pequeño N'Kima es una monita muy simpática, utilizada con mala fe, a la que llaman Chita. El héroe ha sido misógino en novelas posteriores, un indudable homosexual reprimido en su decadencia manufacturada, padre de familia sentimental en el ocaso, y musculoso visitante de Guatemala o la Atlántida en su desintegración. Al presente lo vemos en los comics, televisión o radio, ganado totalmente por la pedestre inventiva convencional. Del antiguo Tarzan sólo quedan resabios de acróbata humanista con peripecias ad-hoc.

Pero esta es la muerte menor, ya que basta estirar la mano y tomar Tarzan of the apes. Es su segunda muerte la que me interesa realmente.

Si un mito es eterno también es real. Imagino a Tarzan entonces, allá, sobre las copas aún, pero arrugado, reducido y lerdo, con las teñidas caídas, calvo, distraído, tembloroso e insomne, malhumorado porque Jane se ha olvidado del té (o del agua de coco). Es un Tarzan muerto puesto que la imaginación congela el mito a la par que lo destruye. La abuela o bisabuela de K'Ni-ma hace sonreír de tarde en tarde a ese anciano de mechones blancos que, para ponerse de pie, necesita de manos piadosas. Ya no puede detener a los incursionistas malvados de la jungla: los ve pasar con la nostalgia pintada en sus acuosos ojos. Camina apenas, temeroso, arrastrando los pies sobre la corteza

sin atreverse a mirar el vacío. Sabe que un resbalón lo arrojará sin remedio (ni defensa) a las fauces del hijo de Numa, que no sabe de tradiciones, ni está al tanto de fidelidades. El hombre-mono ya no viste taparrabo ni se afeita con el objeto de "ser diferente". Use manta en las noches; una larga barba cae sobre su pecho. Hace años que no se baña, toma sus remedios pastorales a ciertas horas, y la vieja Jane (suponiendo que viva) arranca sus dientes podridos, ayudándolo también en sus necesidades. De tanto en tanto Tarzan ensaya su grito: ahora ni los moscardones se sobresaltan. Es un grito sin fuerza, semejante al carraspeo de un cuerpo decrepito. Tose mucho y se baña. Incluso pierde el sentido.

Estas representaciones son patéticas y serían sacrilegas si persiguieran la ironía. Pretenden una modesta comprensión, ya que Tarzan ha quedado sólo mientras los monos siguen viviendo, coplando sus gestos sin el menor fantaseo. Pero su soledad demuestra que la muerte, cualquiera que sea, debe ser merecida. En el crepúsculo todo recuerdo es la vida. Como quiera que lo imagine Tarzan cuenta con un pensamiento, y si ha sido rebelde en la acción, continúa siéndolo en el inmovilismo de la senectud. Tarzan recuerda. Si la felicidad de una muerte depende del recuento. ¿Con qué piensa Tarzan? En su vida, naturalmente. Pero su vida también es ahora. Sin embargo puede apreciar los vestigios de una juventud ardorosa. Ha puesto en su lugar a muchos animales y la selva está poblada de seres beneficiados. Si su grito suena ahora ridículo y no convence a nadie, un día sonó, y sus efectos están detrás de aquel matorral o en los oídos novatos de los descendientes de Histah. Nada de lo que ha vivido muere, menos aún en esta selva de ecos prolongados y rincones calientes.

Envuelto en su manta de piel, las piernas flacas encogidas, el hombre-mono es un dios impotente pero lúcido, un rey venerable y desquiciado, porque no hay decadencia más lamentable que la de la belleza venida a menos. ¿Revive quizás la locura de Tublat?. ¿Recuerda la cabaña de sus padres? ¿Evoca su primera emoción viril frente a la muchacha blanca?. Es probable. Como quiera que sea, apenas es posible contener una exaltada admiración por el itinerario de esta existencia plena y total. Porque la miseria de la existencia no es aprender a habearse encima. La miseria consiste en llegar a esto sin haber tenido nunca entre las manos una liana voladora, sin haber lanzado siquiera una vez el grito de triunfo sobre las muertes de los canallas, sin haber amado con toda la salvaje naturaleza a flor de piel, y sin haber extraído de la selva confusa un re-invento de civilización.

Por eso, esta segunda muerte de Tarzan, si bien parece miserable, es la culminación de una grandeza:

Lágrima Miserable

Nada puede sembrarse en una lágrima. Puedo ver cómo llora un siglo sobre el feto de otro y cómo lo acongoja y lo gangrena. Puedo ver cómo cada época deviene ebria de dolor, y da traspiés, borracha, obstruyendo su propio desarrollo. Nada puede sembrarse en una herida. Todo en ella se pudre. Pus es el fruto del mejor rasguño.



Vosotros, los que habláis del beneficio de los sufrimientos ¿imagináis la humanidad reuniéndose en las calles cotejando sus cicatrices; hundiendo las cabezas y apretados unos con otros como un rebaño de animales pequeños bajo una tormenta de nieve? ¿O imagináis la humanidad errabunda por los ejidos, rumiando su dolor como a una mala hierba umbria? ¿Y esas imágenes os parecen solemnes?



Puedo ver cómo cada época descarga su impotencia en la siguiente y sospechar que ésa es la causa de que aún no hayamos olvidado las antiguas cavernas. Puedo opinar que cuando dos se juntan para llorar rejuvenecen a la vejez de su miseria, cosechando con ello la calma de la claudicación. Puedo opinar que no se purifican, que se embriagan. No avanzan: se pasan uno a otro, monótonos, la antorcha que encendió la primera desgracia. No se ensanchan: se aíslan. Pues antes han corrido los visillos de la ventana. Algo hay cierto en el llanto: produce vergüenza a su autor.



Sueño algo mejor que esa vergüenza para después de las cenizas de todos estos siglos descompuestos. Sueño seres futuros cuyos recuerdos no sean, de ningún modo, como los míos. Sueño en que un día los antropólogos redacten un informe sobre nosotros, comenzando con estas espléndidas palabras: "Qué espanto, qué espanto".

Félix Grande

aquella que persiste hasta el fin de la noche sin traicionarnos jamás la condición del ser humano.

¿De quién se puede decir lo mismo?

Agilidad, has cambiado el sentido de tu liviandad. Tu nombre es mujer. Aquel hombre trepador no se cuelga ya de los árboles sino de los hombres. Sus gritos de júbilo no acompañan el gesto de un pie sobre

el cadáver: son chillidos bien educados, sociales, emitidos en esta selva concreta, sobre víctimas retorcidas de espanto y soledad. No tenemos taparrabos en estos páramos: acostumbramos usar los uniformes explícitos y relucientes de las vocaciones respetables. ¿Alguno de nosotros, sin remordimientos, podrá prenderse al pecho de una mona doliente?

libros

bien
leídos

EL ZORRO DE ARRIBA Y EL ZORRO DE ABAJO, de José María Arguedas (Losada). Libro informe, trunco, corroído por la ya inminente destrucción mental y física que derribó a Arguedas. Más que el texto novelesístico, lo que importa aquí son los diarios que, luchando por no matarse, por seguir escribiendo, intercaló el autor: diarios que son el juicio más implacable (y menos interesado) sobre los nombres claves de las actuales letras latinoamericanas. Quizá fue injusto, o quizá ya veía con la lucidez terrible de la muerte; el hecho es que esas páginas no pueden leerse sin un sacudimiento. Justifican, y hacen único, este libro en ruinas.

LOS TIEMPOS MÁGICOS de Elbia Marechal (Sudamericana).- Dos pruebas deben soportar estos cuentos: la contratapa ("profesora de castellano... "becada por la Comisión de Cultura para realizar estudios sobre Luis de Tejeda"); capaz de desalentar a cualquier lector sensato, y el que la autora sea la viuda de Leopoldo Marechal. La última, claro, es casi insuperable. Y ahora ya se puede decir que **Los Tiempos Mágicos** es un buen libro, y, en algún momento, hasta un hermoso libro. Probablemente, Elbia Marechal se equivocó al ordenar los textos (el tono del primero, por ejemplo, es totalmente inadecuado para abrir un libro de cuentos, o al menos este libro), pero quizá sea su único error grave. "El otro pueblo", "Brígida y sus maneras",

bastarían para demostrar a quien aun lea como se debe leer, que Elbia Marechal es un narradora por sí misma, no una de las tantas viudas argentinas que escriben. Su mundo, su prosa, son suyos, no de Marechal. Se muere demasiado pronto o demasiado tarde, escribió Sartre; Marechal, que no pudo ver la edición cubana de su **Adán**, tampoco pude ver este libro de la mujer a quien dedicó alguno de los mejores versos que escribió en su vida. Un modo de corregir esta injusticia es, paradójicamente, olvidarse de Marechal, saltar la contratapa (escrita como para festejar a una poetisa uruguaya, ¿no? diría Marechal) y leer "bien" los **Tiempos Mágicos**. En el segundo cuento, además, quizá se capten las razones profundas que hicieron de Elbia Marechal la compañera de Leopoldo Marechal.

PIERROT MI AMIGO, de Raymond Queneau (Losada).- Surrealista, académico, patafísico, el contradictorio Queneau es fundamentalmente un poeta. Esta novela lo demuestra. No sabemos si es un "gran" libro, seguramente no; pero es un bello libro. Un bello y melancólico juguete. Literatura, no más, pero de la mejor.

PURO CUENTO, de Juan José Manauta (Rayuela).- En realidad, que el autor de **Las Tierras Blancas** o **Papá José** publique otra excelente novela, no tendría por qué extrañar. Sin embargo, en los últimos años se han editado tantas zoncercas con la excusa del "boom",

que redescubrir a un escritor en serio resulta un acontecimiento bastante excepcional. El tema era una gran tentación para la banalidad: un ex-futuro-escritor, o ex-futuro-algo, que acaba gastando su talento en redactar avisos televisivos, pretexto perfecto, o bien para la autojustificación (todos seríamos unos sinvergüenzas, ya que en este mundo no hay otra salida que la entrega), o bien para la acusación social esquemática (en un mundo de entregados, del que yo permanezco fuera, nadie es capaz de una chispa de grandeza, o de amor, o de conciencia).

Manauta eludió la facilidad, con destreza (y con pasión) de escritor genuino. Describe sin concesiones, "desde adentro" De ahí que **Puro Cuento** sea una novela verdaderamente crítica. Además, lo que es su mayor virtud, no confunde realismo con chatura. El humor, el disparate, el lirismo, la ironía sarcástica, hacen que el mundo de esta novela sea realmente real, y no un catálogo de esquemas de la sordidez. Por eso, quizá, no hacían demasiada falta las noticias periodísticas que abren cada capítulo. Lo que pasa en el país y en el mundo, resulta novelísticamente mucho más compulsivo a través de las charlas incidentales de los personajes, justamente porque ellos hacen esfuerzos desesperados por no ver esa realidad. De cualquier modo, el lector reconstruirá por sí mismo la verdadera novela, la que escribió Manauta, y le hará justicia.

EL ARRANCA CORAZONES, de Boris Vian (Losada). Arbitrariamente hablando, esta novela es una inutilidad. En francés, y hace años, a lo mejor fue divertida. Hoy es anacrónica; y su simbología, trivial. Quizá refute algunas teorías de Sartre: no se nota. Quizá sea muy dramático el problema de la madre sobreprotectora, pero ¿qué necesidad darnos una novela sobre el tema? Una sospecha: los franceses (salvo Rabelais), como los españoles (salvo Quevedo) carecen de humor verbal. Ignoran que un buen chiste nunca es demasiado divertido, y que su eficacia no es anecdótica, es sintáctica.

FUEGO EN CASABINDO, de Héctor Tizón (Calierna). Esta novela, antes que cualquier otra cosa, es un acontecimiento. El mejor patrón de medida para estar completamente seguros es la total indiferencia con que fue tratada por los "críticos" de los semanarios. Tizón recoge uno de los retos del momento, y sale aliroso en todos los casos: ha construido el mito. Fuego en Casabindo no es una historia, no es una anécdota: es sólo un instante, el momento en que entra al pueblo un caballo que habla (sí, habla), sin su jinete, justo cuando sacan del templo a San Santiago, en presencia del gobernador y del obispo, allá por 1875, después de la batalla de Quera. Fue todo lo que necesitó Tizón.

Hablar de una reconstrucción histórica sería reducir a Tizón a la categoría de mero recopilador ingenioso, de escriba de Indias hoy, con la ventaja sobre sus antepasados de que ya existieron Joyce, Faulkner y Rulfo. No, el valor de Fuego en Casabindo estriba en el mundo que recrea Tizón, con una estructura singularísima, a través de las palabras y del oficio de escribir. La novela es un instante, ese instante en que a Casabindo entra un caballo ensillado, sin jinete y parlanchín, trayendo un alma en pena que clama venganza (en una tierra donde "ahora uno se parece a otro como dos hojas del mismo árbol y el paisaje es igual al hombre", donde "todo se confunde y va muriendo"),

JUAN JOSÉ
MANAUTA

PURO
CUENTO

SERIE
MEJORÓN

EDITORIAL
RAYUELA

NOVELA

en ese instante cede para siempre el mundo real y, a través del verbo, se confunde con la leyenda. Tizón salió del silencio a que se lo había relegado durante varias décadas, para encontrar otro silencio -el de la crítica-, pero rescatando para nosotros las voces del viento, de la piedra y del hombre sepultado.

EL PENSAMIENTO DE JACOBO FIJMAN O EL VIAJE HACIA LA OTRA REALIDAD (Rodolfo Alonso Editor).- Vicente Zito Lema, ex-director de una ex-revista literaria (y van...) compiló estas páginas, que hoy son el documento póstumo de Fijman. Fijman estaba clínicamente loco, ya se sabe; pero ¿qué había en él, además de su locura mística o qué hay en nosotros, razonables lectores del siglo XX) para que sus palabras nos deslumbraran y nos sacudan de este modo? Versión "angélica" (aunque hasta por ahí nomás de Artaud, de Lautreamont, Fijman es el único loco auténtico de nuestra literatura, en la que abundan los que "se hacen", los meramente cretinos y los cuerdos hasta la náusea. Zito Lema, que entrevistó al poeta en el manicomio, entra a veces en el delirio de Fijman, al punto que en el reportaje de la Segunda Parte el loco parece él, y Fijman un observador irónico, condescendiente. Esta, sin embargo, nos pareció una virtud del libro: hay allí un peligroso amor por el destrozado pensamiento de Fijman, un peligroso indagar el origen demencial de la poesía. Libro arrancado a la locura, libro para psiquiatras o para poetas. Probablemente, sólo lo entiendan bien estos últimos.

EL CONFERENCIANTE MUERTO, poemas de LeRoi Jones, Ed. La Flor. Entre la escritura automática y el compromiso político, la poesía de LeRoi Jones tiene una belleza animal. La matemática rabiosa de un cuerpo de tigre, LeRoi funciona lúcidamente una estética, que pone en práctica como si soñara una pesadilla. No es poesía fácil, no está escrita para ser entendida por su pueblo. Es negra, como

la de Malakowsky era proletaria, por su destino, no por su destinatario. Traducir este lenguaje no debió ser fácil: los prosaismos argentinos, nuestras violencias verbales, no se corresponden con el inglés. El uso del vosco, por ejemplo, es un arma de doble filo: acerca a Jones a nuestro lenguaje coloquial pero lo saca de su contexto histórico. Un título como **Ritm and Blues, o Crow Jane**, ciertas alusiones sólo significativas si se las piensa en Estados Unidos, no encastran, sin esfuerzo, con palabras como **morite, ois vos**, etc. De todos modos, algo queda: fosforescente como la memoria de un relámpago, un jirón de algo, un fantasma de ese sueño tendencioso.

EL VOLCAN, EL MEZCAL, LOS COMISARIOS, de Malcom Lowry **Cuadernos Marginales**.- Autor de una de las más impresionantes novelas contemporáneas (**Bajo el Volcán**), Lowry prueba con estas dos cartas, hasta qué punto era lo que nunca creyó ser del todo: un escritor de raza. La segunda (el asunto de "La mordida") es meramente el seco (!) informe de Lowry a su abogado sobre las arbitrariedades y vejaciones que culminaron con su expulsión de México, y tiene la intensidad el humor y el dramatismo de cualquiera de las ficciones de Escúchanos, Señor, desde el cielo tu morada, su libro de relatos. El primer texto (la célebre carta a su editor, explicando **Bajo el Volcán**), es, quizá, el trabajo crítico más formidable que un autor haya escrito nunca sobre su propia obra. Ni la **Novela de una Novela**, de Thomas Mann, ni el **Ecco Homo**, de Nietzsche, pueden compararse a estas páginas. Redactada en los diez días de una borrachera espléndida, esta carta, su lucidez demencial, vuelve inútil cualquier análisis inmanente de **Bajo el Volcán**. El prólogo de Semprún (que nos perdona, porque ama a Lowry es absurdo. Semprún, en este prólogo, parece la caricatura de un gallego charlatán. Habla y habla. Y sigue hablando hasta cuando el lector ya se ha ido, como decía Macedonio Fernández.

NOVEDADES

Sara Gallardo
EISEJUAZ
La historia de un personaje excepcional que es el destino de todos los seres humanos.
230 págs. Col. El Espejo \$ 12,50

Juan José Hernández
LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS
Una época decisiva de la historia del país, entre los años 1944 y 1948, en el diario íntimo de una muchacha provinciana.
148 págs. Col. El Espejo 8.-

J. D. Salinger
NUEVE CUENTOS
Los relatos de un maestro de la literatura norteamericana.
248 págs. Col. Horizonte 9,80

H. Popitz
EL HOMBRE ALIENADO
El hombre en la sociedad contemporánea según los manuscritos del joven Marx.
166 págs. Col. Estudios Alemanes. Ed. Sur 10,60

Rosa A. P. de Spencer
EVALUACION DEL MATERIAL DIDACTICO
La teoría y la práctica en el desarrollo de la pedagogía contemporánea.
144 págs. Col. Nva. Pedagogía. Librería del Colegio 11.-

SUDAMERICANA

Editorial Sudamericana
Humberto I 1545



compañía general fabril editora s.a.

hipólito yrigoyen 1582
teléfono 40-7011/12/13
buenos aires-argentina
cables: fabriledi baires

COLECCION NARRATIVA LATINOAMERICANA

René Avilés Fabila - EL GRAN SOLITARIO DE PALACIO

Una novela sin héroes ni conclusiones; como lo fue la realidad trágica de la matanza de Tlatelcooco.

224 págs. \$ 10,50

Carlos Droguett - EL CEMENTERIO DE LOS ELEFANTES

El gran novelista chileno, que con audacia ha sabido desarrollar en la literatura de su país, las más modernas tendencias literarias.

184 págs. \$ 9,50

Clara Silva - EL ALMA Y LOS PERROS

Un juego intelectual con el grotesco, el conflicto religioso, la pasión, el absurdo, la sexualidad y el pecado.

176 págs. \$ 9.—

ANTOLOGIA CONSULTADA DEL CUENTO ARGENTINO

Una resumida definición de qué es la literatura argentina actual; qué piensan, en qué creen, y qué interesa a nuestros escritores.

320 págs. \$ 14,50

Antonio Di Benedetto - MUNDO ANIMAL

Según el propio autor, estos cuentos son uno delirio. Sueños que de noche tenía y que pasaba en limpio cuando amanecía.

112 págs. \$ 6.—

COLECCION ANAQUEL

Oscar Hermes Villordo:
CONSULTORIO SENTIMENTAL

León Mirilas:
TIMBA

Friedrich Dürrenmatt:
EL MATRIMONIO DEL
SEÑOR MISSISSIPI
LA VISITA DE LA ANCIANA
DAMA

LOS LIBROS DEL MIRASOL

Roberto Arlt:
LOS SIETE LOCOS
LOS LANZALLAMAS
AGUAFUERTES ESPAÑOLAS
EL AMOR BRUJO



LIBROS EN PRENSA

Clarice Lispector - LA ARAÑA
Claudio Trobo - DORSAL DIEZ
Varios - EL NUEVO RELATO LATINOAMERICANO (Antología)
Eugenio Montale - ANTOLOGIA
Atahualpa Yupanqui - EL CANTO DEL VIENTO
Elvira Orphée - EN EL FONDO
Richard E. Amacher - EDWARD ALBEE
Vicent Buranelli - EDGAR ALLAN POE

